

Cuadernos del Rebalaje

Nº 63/Julio - septiembre de 2024/ DL: 702-2016/Edita ABJ

Relatos de mi infancia marenga II. La mar, mi refugio



Miguel López Castro

Prólogo de **Emilio Moreno Ruiz**

Cuadernos del Rebalaje ®

DL : MA 702-2016 | ISSN (ed. impresa): 2530-6286 / (ed. digital): 2174-9868

Publicación monográfica sin ánimo de lucro, de periodicidad trimestral.
Editada desde 2010 por la asociación cultural **A**migos de la **B**arca de **J**ábega.

Dirección

M^o Luisa Balbín Luque

Consejo de redacción

M^o Luisa Balbín Luque
Juan A. Camiñas Hernández
Mariano Díaz Guzmán
Juan A. Gimbel Espejo
Eloísa Navas Martín

Asesoría fotográfica

Mercedes Jiménez Bolívar

Diseño de portada

Alba Serrán

Diseño y maquetación

Estefanía González Hijano

Cuadernos del Rebalaje se difunde preferentemente en formato electrónico por Internet. Tiene como objetivo divulgar conocimientos relacionados con el mar Mediterráneo y su vinculación con la costa malagueña y andaluza, sus gentes, embarcaciones, tradiciones y costumbres desde el punto de vista antropológico, histórico, geográfico, científico-técnico, artístico o de creación literaria.

La revista no comparte necesariamente las opiniones expuestas en los trabajos publicados. Los autores de estos y de las imágenes originales se reservan los derechos protegidos por la ley, autorizándose su uso y difusión siempre que se cite procedencia y autoría.

Se imprime en ARS Impresores, Málaga.

Más información, acceso libre a todos los números y normas de estilo de publicación en <https://www.amigosjabega.org/cuadernos-del-rebalaje/>

✉ cuadernosdelrebalaje@gmail.com

Amigos de la **B**arca de **J**ábega está inscrita en el Reg. de Asociaciones de Andalucía con el nº 9210 de la Sección 1.

(Resolución de 29/07/2010) y en el Reg. Municipal de Málaga de Asociaciones y Entidades con el nº 2372. (Resolución de 27/09/2010). Domicilio social en el IES "El Palo". Camino Viejo de Vélez, s/nº. 29018 - MÁLAGA.

Presidente de Honor: Fernando Dols García

Presidente: Juan Antonio Camiñas Hernández

Vicepresidenta: M^o Luisa Balbín Luque

Secretaria: Mercedes Jiménez Bolívar

Tesorero: Mariano Díaz Guzmán

Vocales: Antonio Aguilar Madueño, Juan Antonio Gimbel Espejo, Mercedes Jiménez Bolívar y Eloísa Navas Martín.

✉ abjcontacto@gmail.com

Relatos de mi infancia marenga II. La mar, mi refugio



Collage digital. Alba Serrán.

Miguel López Castro

Prólogo de **Emilio Moreno Ruiz**



Cuadernos del Rebalaje nº 63



Calle Calvario, las cuevas de El Palo. Principios de los años 80. Málaga.
Foto: Miguel López Castro. Archivo Asociación de Vecinos de El Palo.



Sumario

Málaga. Viviendas en las playas de El Palo. Marzo de 1963.
Foto Arenas. Archivo Histórico Fotográfico
de la Universidad de Málaga.

- Prólogo
- Introducción
- Los temporales
- La playa es de todos
- Las tiendas del barrio
- Todos aprendíamos a nadar pronto
- El reencuentro con las tías ricas
- Las mujeres y la mar
- Al rescate de mi padre
- Casa Pedro
- Fiesta para Francisco Chifla
- La mar siempre fue mi refugio y mi confidente
- El comedor principal donde trabajaba
- Paseos por sus entrañas
- Una jornada cualquiera
- Una rápida visión de la historia de Casa Pedro
- También viví un despido
- La mar se rebela
- Mi paso por el ICET
- El deporte, una de mis tablas de salvación
- Satisfacciones con el deporte
- Despedida

Prólogo

La calle escuela de vida. La mar escuela de verdad.

En su anterior Cuaderno, *Relatos de mi infancia marenga*, Miguel nos cuenta su infancia desde sus recuerdos emocionales, desde esa memoria fragmentada, onírica, la otra memoria, tan real como lo que fue. Estas dos realidades condicionan nuestro ser y nuestro estar, nuestra evolución.

En ese Cuaderno encontramos relatos y actas de la vida colectiva y popular, de sus calles, de su barrio, de sus gentes y de su mar, la mar, ese espacio infinito donde una y otra vez Miguel vuelve, siente, reflexiona. Poderoso ideario de Miguel: “la mar era la escuela de verdad”, la libertad, un viaje transformador, vital para la construcción de su actitud ante la naturaleza y por tanto de sus principios ecologistas.

En el nuevo Cuaderno de Miguel, desde la infancia a la madurez, pasando por la adolescencia, encontramos recuerdos entrañables. El reencuentro con “las tías ricas”, muchos años después del forzoso exilio tras la *Desbandá*. Esos recuerdos invisibles, porque nunca se podían verbalizar en la larga noche del franquismo.

El paso por el centro ICET, con los agradecimientos y también con la crítica, sus años de trabajo en Casa Pedro, donde se consolidaría su pertenencia de clase, esa con la que venimos y vivimos, la que nos da nuestra identidad como trabajadores.

Todo viaje es único y también contradictorio. Miguel lo aborda desde una mirada crítica, desde la reflexión constante, que le ayude a cambiar ese modelo y afianzar su compromiso con la igualdad real.

El cambio igualitario y pro feminista que se ha ido produciendo en Miguel no habría sido posible ni igual sin las mujeres con las que ha compartido su vida, especialmente su compañera Carmela.

Y ¿qué pasó, en esos largos años desde la añorada infancia y la candidez del niño hasta la madurez? ¿La enterró el adulto, o sencillamente dormita en el sueño etéreo de la niñez que ahora rememora? Quizás pasó que se metió en la infinita mar, en busca de la libertad sin puertas y a contracorriente. Porque sí, porque aprender debe ser como remar a contracorriente. Y así vemos a Miguel, remando en la jabega y cantando un jabegote, mientras escribe letras flamencas, enseña a vivir, lucha por la igualdad, por la libertad, por la justicia social, siempre a contracorriente.

Creo que os pasará como a mí, que según vamos leyendo, vamos recreando los lugares, los rostros y vamos fusionándolos con nuestros recuerdos, los de nuestras vivencias. Sin pretenderlo nos invita a hacer nuestro propio viaje interior. Vamos a intentarlo con él, seguro que nos va a reconfortar.

Como podéis comprobar, en este prólogo no he sido ni académico ni imparcial ¡Ni falta que hace! Miguel es mi amigo desde donde mi memoria flaquea y estoy lleno de agradecimiento a todo lo que he aprendido de él y con él.

Emilio Moreno Ruiz

Playa de El Palo. Años 80.
Málaga. Foto: Miguel López
Castro. Archivo Asociación
de Vecinos de El Palo.



Introducción

*A Carmela, Violeta y Alba, las mujeres
que son mi inspiración y amor.*

Recordamos solo aquello que queremos recordar, lo que nos sirve para configurar el yo ideal que pensamos en cada momento, de tal manera que la memoria va accionando y manipulamos los recuerdos en función de lo que somos y de lo que queremos ser. Vamos transformándonos y construyéndonos gracias a los recuerdos; siempre mirando hacia adelante, pensando en lo que consideramos ideal y que somos capaces de ser. Como quiero ser marcará mi acción, mis acciones presentes y las acciones futuras, por ello, estos recuerdos que presento, estas anécdotas de infancia y adolescencia, seguro que están mediatizadas por esto.

No me lo invento: José María Ruiz-Vargas, catedrático emérito de Psicología de la Memoria en la Universidad Autónoma de Madrid, afirma que la memoria es el principal constructor del yo. Cada anécdota que cuento contiene matices que me hacen dudar sobre su veracidad o exactitud. Son acontecimientos que ocurrieron, pero como los viví, como los sentí y como al recordarlos quiero que sean o hayan sido, es determinante en como han quedado narrados.

Entre estos relatos y los del anterior cuaderno hay una gran diferencia, la candidez, la inocencia de la etapa infantil, ávida por saber y descubrir, ahora se acompañan de tintes de decepción y rabia propias de la adolescencia; también están cargadas de esperanza y superación: el deporte, batallar con los complejos, el descubrimiento de la maldad que se esconde tras la realidad política y moral aparecen tras las cortinas de estas anécdotas.

Todo ello impregnado de salitre, empapado de taró, oliendo a sudor generado en la traya y el remo, sudor que te baña con sabor a levante, poniente o agua fresca de vendaval. Sensaciones que se mastican trasminando hasta el alma.

Desde el inicio de la adolescencia ya generé mis mecanismos de defensa, que aquí relato en algunos aspectos. Defensas como aquel flotador de neumático negro que mi padre me trajo un día, grande como la rueda del camión que conducía, y que se convertía en una isla salvadora, con piscina interior para refrescar los pies. El deporte, la conciencia de clase, la desmitificación de lo divino y lo humano son defensas ante la vida; como el cansancio lo era al nadar en exceso.

Recordar aquello, con los sesgos que suponen mi construcción del yo, me da una paz interior que me lleva al rebalaje de mi infancia feliz, ingenua, inocente y ansiosa por vivir intensamente, con todas las consecuencias, sin miedos ni remordimientos.

Los temporales

Los temporales eran terribles. Muchas casas de la playa, como la mía, tenían dos puertas de entrada: una por la parte de atrás, que daba a la playa, y la otra que daba a la calle (Cenachero, 48). En realidad, este sistema estaba pensado para aliviar el daño que los temporales hacían cuando las olas entraban en ellas por la puerta de atrás. Entonces se dejaban las dos puertas abiertas para que el agua circulara libre causando menos daños. Mientras, sorteando la llegada de las olas, se iban sacando los enseres más valiosos. Nosotros los llevábamos a la casa de mi abuela, que estaba una calle más al norte. Toda la familia participaba en este histérico ir y venir salvando lo que podíamos de las aguas.

Un año, los temporales fueron especialmente violentos y las olas pasaban por encima de los tejados: en la playa de Pedregalejo cayeron ocho casas. Las olas, en su continuo ir y venir golpeando la pared que daba a la playa, poco a poco horadaba por debajo hasta dejar hueca la parte inferior del muro de atrás de la casa y esta caía desplomada. Habitualmente, el continuo ruido del agua, arrastrando las piedras y haciéndolas chocar contra la casa, no dejaba dormir a mi madre; eso hizo que cuando tuvo la oportunidad, trece años después de casarse, nos marcháramos a vivir a un piso, en El Palo, señal entonces de mejor calidad de vida.

6

Ese año terrible en el que cayeron ocho casas, la mía aguantó de pie pero la parte de la cocina y el patinillo quedó colgando totalmente hueca por debajo. En uno de esos temporales, mientras mi padre estaba sacando los enseres, esperábamos pegados a la pared de la casa de enfrente. Yo estaba delante del callejón por donde sacaba las cosas mi padre cuando vi venir una ola gigantesca y quedé como petrificado, mirándolo y temiendo lo peor. Él la vio en el último momento, cuando la ola llegaba al callejón saltó y se agarró al dintel de la puerta, no pudo arrastrarlo, pero lo vi totalmente horizontal, aguantando la fuerza del empuje del agua que en tromba atravesó el callejón hasta estrellarse contra la casa donde me apoyaba, me golpeó contra la pared y me puso empapado. El agua se retiró serpenteante por el callejón y apareció mi padre preguntándome si estaba bien, mientras se miraba las manos ensangrentadas por la presión que ejerció para no soltarse del dintel.

Algunas de las casas que cayeron abajo fueron reconstruidas con la ayuda de los vecinos, otras se abandonaron y estuvieron mucho tiempo derruidas, como las ruinas de un castillo antiguo que solo servía para los juegos prohibidos de los niños y niñas que burlaban los consejos de sus padres de no jugar entre sus escombros.

Otros vecinos tuvieron que dejar su casa y fueron a vivir a El Palo porque recibieron una de las *viviendas protegidas* que se construyeron allí para familias que lo necesitaban.

Mi padre hizo un muro delante de la pared que daba a la playa a modo de fosa, en la que echó hormigón, piedras y todos los restos de hierro que encontró; la mar tendría más dificultad para horadar el muro, pero el ruido del ir y venir de las olas, haciendo chocar las piedras contra la pared no cejó.

La playa es de todos

Entonces era muy común que las familias se reunieran en la playa para celebrar una moraga.

Nosotros, a veces, solíamos reunirnos frente a mi casa, cerca de la orilla; antes, mis tíos y mi padre habían ido a pescar y traían todo lo que terminaría en el fuego, espetado o preparado de otra forma en la hoguera. Unas veces se compraban las sardinas y el resto del pescado era el que habían pescado con cañas. La familia de mis padres eran de campo y del campo vivían, pero todos eran aficionados a pescar con caña y cogían lo que podía cogerse buceando y rebuscando en los *roqueos*; igual hacíamos los niños, cogíamos pulpos, mejillones, bígaros y cañaillas que se echaban en una lata con agua y se ponía al fuego para cocerse. En los espetos, las clásicas sardinas, y espetados por la boca las herreras, sargos, jureles y otros pescados gordos.

En torno a la hoguera, con sus montículos de arena donde se clavaban los espetos, se montaba todo para poder comer y beber cómodamente. La actividad para preparar el evento era como la de un hormiguero, unas y otros de acá para allá. Las cañas para hacer los espetos se traían del arroyo Jaboneros y se iban cortando con cuidado de no dejarles salientes o astillitas que se pudiera clavar el espetero o *espetaó*. Espetar las sardinas era todo un arte. Esta forma de preparar las sardinas se hizo famosa a partir de una visita de Alfonso XII y posteriormente otra de su hijo Alfonso XIII a las playas de El Palo. Los vecinos Joaquín Ruano y Manolo López tienen documentos que atestiguan que esta forma de preparar las sardinas ya existía en el siglo XVII. A saber desde cuándo, porque lo más seguro es que ese invento sea el fruto de la imaginación que se desarrolla desde la necesidad y la pobreza. De cualquier manera, lo que a mí me importaba en aquellas moragas familiares, además del banquete festivo, era el ambiente de felicidad explosiva por el encuentro, el trabajo colectivo y gozoso, por el uso libre y cuidadoso del espacio público que era la playa.



Pescadores remendando redes en El Palo. Málaga. Foto Roisin.
Archivo del Instituto de Estudios Fotográficos de Cataluña.

Cuando acababa este acto social y gastronómico, la playa quedaba limpia de basura y rescoldos, preparada para ser disfrutada de nuevo a la mañana siguiente por los niños y niñas que muy temprano ya estábamos en la orilla. Y si no quedaba bien se indagaba buscando al culpable del descuido y se le regañaba. Nunca hizo falta, ni vino por allí ningún policía local o de otro tipo por estos motivos. Las playas, igual que las calles terrizas con o sin sus charcos según la época del año, eran los espacios donde nos divertíamos y nos cuidábamos. Las mujeres baldeaban la puerta de sus casas para que no estuvieran polvorientas en el verano y cuidaban en invierno que no se formara mucho fango echando chinós o arena para desecar los charcos.

En la playa y las calles nos relacionábamos y nos comunicábamos compartiendo nuestras vidas, nuestras penas y alegrías, aprendíamos a ser empáticos y cuidadosos con los demás. A pesar de nuestras aparentes malas maneras y vocabulario retador e insultante, todo era más cercano y cálido. Todo eso es lo que más echo de menos en el barrio.

No sé cómo permitimos que el ayuntamiento prohibiera hacer moragas en las playas, robándonos este disfrute y uso del espacio público. El único beneficiado de esto es el negocio, el comercio, el consumismo que cada día ocupa más espacio y permite menos relaciones personales espontáneas y gratuitas.

Las tiendas del barrio

Hoy las tiendas del barrio están en extinción, el pequeño comercio tiene que luchar denodadamente para subsistir ante el avance imparable y prepotente de los grandes centros comerciales.

8

Recuerdo las tiendas de mi infancia, las tiendas de Juana y María, también la de Adela, y como mi madre usaba una especie de trabalenguas para mandarme a comprar mortadela, decía:

—Miguelín, ve a por un *mandao*. Ve a por *mortadeladelAdela*.

Sin embargo, la mayoría de las compras las hacía en la tienda de Juana, allí iba a por los *mandaos* porque tenía cuenta abierta y no tenía que llevar dinero. Junto a esta tienda estaba la fuente donde yo hacía cola con un cubo para llevar agua a la casa. Años después mi padre *metió* el agua en la casa, pero hasta ese día, nos lavábamos en un lebrillo en el patio todos los sábados con cubos de agua.

Las tiendas eran el paraíso donde se conseguía todo lo necesario, estaban adaptadas a las posibilidades y necesidades de todos; tenían cuenta abierta y los plazos de pago, sin intereses, se adaptaban según las posibilidades de las clientas.

Era también el lugar donde los niños y niñas lograban determinadas recompensas por su buen comportamiento y obediencia. Recuerdo que yo tenía una visita muy especial todos los sábados, cuando recibía el pago por mi buen comportamiento en la semana. Mi hermano José Luis y yo esperábamos con ansiedad la hora en que mi madre nos daba los diez reales para ir a casa Juana a comprarnos una *torta loca*. Yo sentía delirio por aquel dulce, que parece ser que se creó en un obrador que había en Ciudad Jardín frente a un sanatorio de locas, de ahí el nombre del dulce.

Según mi hermano, si se retrasaba ese momento mágico me ponía irascible, mosqueado y superenfadado. Cuando llegábamos a la tienda, nada más poner un pie dentro, ya estábamos pidiendo la *torta loca*, a la vez que salivando de gusto. La devorábamos con un placer infinito; el hojaldre crujiente se escapaba por la comisura de los labios y con los dedos yo no le permitía



Autobús en El Palo. Años 80. Málaga. Foto: Miguel López Castro. Archivo Asociación de Vecinos de El Palo.



Mercado de El Palo. Agosto de 1963. Málaga. Foto Arenas. Archivo Histórico Fotográfico UMA.

escape. Tras acabar el dulce, seguíamos prolongando el placer al chuparnos los dedos que habían recogido con cuidado los churretes que nos dejaba en la cara la crema y el glaseado naranja. Por supuesto, el último bocado era el más completo, el que tenía la guinda en el centro del dulce.

Ese dulce ha debido marcarme para toda la vida. Coincidiendo con mi sesenta y cuatro cumpleaños, mis hijas, que vivían y trabajaban fuera de Málaga, quisieron felicitarme por Skipe, así que, gracias a las nuevas tecnologías, nos vimos para que me cantaran el cumpleaños feliz. ¿A que no sabéis con que se improvisó la tarta que contenía una única vela? Pues sí, con una torta loca, ellas y su madre no conocían esta historia, pero sí mis gustos.

Las tiendas de barrio eran mucho más que el lugar donde comprar aquello que querías o necesitabas. Era un lugar de encuentro del vecindario. Una oportunidad para que las mujeres atrapadas por las tareas de casa pudieran echar un ratito de conversación con sus vecinas. Era el club donde todas sabían de todas: qué familia, vecino o vecina tiene problemas y necesita que se le eche una mano o, simplemente, el lugar donde se regulan las relaciones y se hace comunidad.

La tienda misma, su tendera, ya establecía una relación amable, empática y humana con la gente, según sus posibilidades y necesidades.

La mayoría de las familias del barrio eran de clase trabajadora, con una precaria situación económica, relacionados con la pesca y dependientes de esta actividad. A veces no llegaban a tener dinero para adquirir lo necesario. La solidaridad de los vecinos y vecinas resolvía estas situaciones en la mayoría de las ocasiones. En otras, se resolvía con la flexibilidad en el pago que la tienda permitía.

10

Recuerdo a colación de esto lo que ocurría cada Navidad. Durante todo el año mi madre iba dejando pequeñas cantidades en la tienda que Juana iba anotando en una libretilla, era como una cartilla de ahorro, pero sin ningún interés, ni ningún tipo de burocracia; de total confianza, un acuerdo sin firmas ni contratos, sin intermediarios. Vamos: nada que ver con un banco, pero mucho mejor.

Cuando llegaba la Navidad, había lo suficiente para comprar aquellos productos que no se solían adquirir durante el año por ser muy caros. Era la recompensa que nos dábamos en esas fechas que se festejaban con el consumo de algo especial.

Toda la familia iba a la tienda y nos colocábamos delante de las cajas y vitrinas que contenían estos artículos especiales. Cada miembro de la familia tenía la posibilidad de pedir algo que le gustara, siempre que no fuera excesivo. Primero se compraba lo habitual: roscos, mantecados, etc. Luego, llegaba el turno de alguien que se pedía las frutas escarchadas o algún turrón. Así, con un nerviosismo feliz, permanecíamos pidiendo y relamiéndonos por dentro, mientras mi madre, de vez en cuando preguntaba a Juana —¿Qué queda?— Juana le decía cuanto llevábamos gastado de la cuenta y que quedaba por gastar.

Recuerdo que mi padre, que no bebía, solía pedir, solo en esta ocasión especialísima, una botella de Pipermin. Cada tardenoche, cuando acababa la jornada para todos y estábamos sentados en torno a la mesa con los Juegos Reunidos Geiper, se echaba un chupito que consumía lentamente, en pequeñísimos sorbitos, tras cada sorbito estornudaba dos o tres veces sin poder evitarlo. Esos estornudos eran asumidos como una reacción lógica y ocasión para la broma.

Hoy las tiendas de barrio están en extinción, también los mecanismos de relación que propiciaban entre la comunidad. En los actuales centros comerciales las relaciones entre los dependientes y clientes son más frías, más impersonales, como mucho se da un educado y casi empalagoso trato de compromiso envuelto en hipocresía comercial. Puro márquetin empresarial.



Repartida de *El Copo*, revista de la AAVV de El Palo. Fernando, Boris, Carmela, Jacinto y Antonio. Años 80. Foto: Miguel López Castro. Archivo Asociación de Vecinos de El Palo.

Los grandes centros comerciales han ido acabando con las tiendas de barrio. Primero llegaban haciendo un estudio de sus precios y con la inauguración del centro comercial ya ponían los precios de determinados productos de primera necesidad más bajos. Sus estrategias comerciales les llevaban a abaratar los productos esenciales hasta hacer caer a los pequeños comercios por incapacidad para sostener esos precios. Cuando las tiendas cerraban y se habían hecho con toda la clientela, modificaban los precios, imponiéndolos sin ninguna competencia. Esa es la verdadera cara de la sociedad de mercado, la que promueven los monopolios.

Todos deberíamos defender y trabajar por mantener abiertas las tiendas de barrio. Hay que tener en cuenta la humanidad de las redes de relaciones que se establecen, de empatía, conocimiento profundo de la comunidad y solidaridad. No menos importante es que los productos que nos ofrecen son en su mayoría de cercanía, con lo que se fortalece y protege también la producción y economía local.

Nada de esto sabíamos cuando nos acercábamos a la tienda de Juana o a la de Adela, pero la satisfacción, seguridad y tranquilidad que sentíamos estaba muy por encima de lo que sentimos en estos grandes centros comerciales: estrés, incertidumbre y la inseguridad ante la posibilidad del engaño. La indefensión y el sentimiento de falta de control es notorio hoy.

Consumimos productos de cualquier lugar del mundo sin conocer su procedencia, sin saber si sus bajos precios se deben a la esclavitud infantil o de personas adultas, o a la sobreexplotación de los recursos naturales con el resultado del esquilme de la pesca o el avance del cambio climático. Consumimos alimentos que contienen microplásticos y todo tipo de metales que nos envenenan poco a poco, se hormona a los animales y se modifican con transgénicos las verduras y otras plantas que consumimos. El control de nuestros hábitos de consumo y nuestra salud física y mental depende en gran medida de si optamos por el comercio de cercanía o por estas megacompañías.

Todos aprendíamos a nadar pronto

Al vivir en la playa y ser nuestra compañera de juegos más temprana, se hacía obligatorio, por seguridad, aprender a nadar pronto. He tenido la oportunidad de preguntar a mis hermanos y hermana sobre ello y todos coincidimos en como aprendimos a nadar. Mi padre se encargó de ello y en los cuatro casos con la misma metodología. En la orilla él se agachaba y nos subía a hombros, poco a poco iba entrando en el agua hasta que le llegaba por el pecho, nos cogía y nos dejaba boca abajo, horizontales en el agua, con una mano debajo de la barriga, así nos pedía que manoteáramos; de vez en cuando, nos retiraba la mano y nos dejaba hundirnos un poco, a veces tragábamos agua y protestábamos. Siempre nos mantenía en el límite de la alerta, para que no nos relajáramos e hiciéramos por flotar y desplazarnos, que era su objetivo.

Cuando lo había conseguido y nos sentíamos seguros, nos lanzaba por el aire, aun sabiendo que protestaríamos, siempre adaptándose al grado de enfado que manifestábamos de vez en cuando con un llanto, pero nunca llegaba a ser peligroso. Y lo sabíamos. Cuando ya teníamos algo de dominio de la flotación y el desplazamiento pasábamos al juego de entrar en el agua, de pie sobre sus hombros, entonces llegaba la fase en la que nos lanzaba cada vez más lejos de él.

Se mezclaban en aquellos juegos sensaciones muy contradictorias. Cuando entrábamos de pie sobre sus hombros, el objetivo aparente era mantener el equilibrio, sin caernos, sueltos de las manos, pero si no nos caíamos, ya esperábamos que nos lanzara por los aires tarde o temprano. El nerviosismo se mezclaba con el miedo y, a la vez, la satisfacción de sentirte valiente en el reto de salir a flote chapoteando. Detrás, en paralelo, la seguridad de saber que mi padre estaba allí y que no iba a permitir que lo pasáramos demasiado mal. Las primeras veces, el miedo y la incertidumbre te hacían tragar agua y toser compulsivamente hasta recuperar la respiración y poco a poco todo mejoraba hasta desear el acrobático lanzamiento como un placer aventurero. Supongo que mi padre copió estos juegos de aprendizaje de algún familiar cercano pues lo hacía con la seguridad y alegría que yo volví a reproducir con mis hijas.

12

El reencuentro con las tías ricas

Tenía unos diez años cuando una noticia familiar alteró la vida en mi casa. Mi padre nos anunció que llegaban unas tías que venían de Francia. Con el tiempo, muchos años después, esta noticia y la visita fue tomando relevancia hasta ser de dimensión histórica y enlazarse a otras muchas historias parecidas que permanecían inconexas y silenciadas, por ser uno de tantos temas tabús en los años del franquismo.

Ante la llegada de las tropas franquistas en 1937 se produjo *La Desbandá*, las familias salían de sus hogares abandonando todo para salvar la vida. Queipo de Llano aleccionaba a sus tropas para que demostraran a las mujeres malagueñas “lo que era un hombre de verdad”. Tal mensaje animando a la violación desde los mandos del ejército no tenía precedentes históricos, sí se solía hacer durante las antiguas conquistas, pero hacerlo en estos tiempos y a través de los medios de comunicación era insólito. Así las cosas, ya no sólo huían las personas que se habían posicionado con el gobierno legal de la República, las familias que tenían hijas jóvenes huían despavoridas fueran de izquierdas o no. Este era el caso de las familias de mi padre y de mi madre. Ambas huyeron dejando todo atrás. La familia de mi madre se volvió a las pocas pero tortuosas horas de camino, entre las balas y los cuerpos de muertos y heridos. Preferían esperar el destino en casa cómodos que morir de aquella manera en la carretera entre tanto terror.

La familia de mi padre continuó entre un caos tumultuoso y tortuoso, al llegar a Almería se dividió en distintos camiones con destino al norte de España; la mayoría se encontró en Tarragona, sin embargo, las mozuelas, mis tías Carmen y Dolores, llegaron a Francia. Allí rehicieron sus vidas tras la guerra formando, a su vez, sendas familias. Permanecieron 30 años separados.

La visita que tan nerviosa y misteriosamente anunciaba mi padre era la de estas tías con sus familias creadas en Francia.

En el anhelado encuentro solo contaba el momento de alegría, gozo, descanso y felicidad. A mí nada de aquel evento me hacía intuir la terrible historia que se escondía en la memoria familiar. La tragedia de proporciones genocidas para la población malagueña era un acontecimiento innombrable en aquellos años. Para todos bastaba con que se pudiera producir el reencuentro, aunque eso solo valía para quienes no habían mostrado simpatías con el gobierno de la República. Así fue como treinta años después se revolucionó la vecindad, que curiosa, se arremolinaba en torno a la casa de mi abuela primero y después en torno a la mía. Llegaron en un espléndido Tiburón, ese coche que cuando paraba se bajaba todo él, provocando exclamaciones de sorpresa y admiración; daba la impresión de ser un vehículo de ciencia ficción. Tal vez por eso, todos pensábamos que eran ricos.

Los besos, abrazos, risas y también lágrimas llenaron la calle de tono festivo ese día.

Un amor incondicional se intuía entre los abrazos nerviosos de todos, alguna lágrima de los más mayores provocaba en los niños y las niñas carcajadas de felicidad. Y así lo viví yo.

Las mujeres y la mar

En aquellos años de mi primera infancia, había rituales gozosos que tenían su hora; cada día se iba rellenando de tiempos de esfuerzo y trabajo, tiempos de gozo y descanso, aunque de estos últimos las mujeres tenían menos.

Uno de esos pocos, en verano, era la hora del baño al atardecer. Cuando ya habían *enjaetao* todas las tareas de la casa y las que seguían después hasta su hora de acostarse que hacían cuando todos estaban descansando. Ese momento del baño que no se daba todos los días era su momento de encuentro.

Se juntaban en pequeños grupos de tres o cuatro, ayudándose unas a otras a caminar por el rebalaje y pasar el hoyo del rompeolas sin que se les doblara el tobillo o se clavaran algo en los pies. Hay que recordar el porqué el barrio se llamaba Pedregalejo, sus playas pedregosas eran el origen del nombre.

Se juntaban con el agua a la altura de las axilas y cogidas de la mano, formando un coro, charlaban tranquilamente con una paz inmensa y la alegría en las caras. Se alternaban en darse un tranquilo chapuzón; se sumergían despacio y con la misma lentitud y regusto salían del agua mesándose el cabello hacia atrás.

Así permanecían un buen rato, compartiendo en su plácida conversación lo acontecido durante el día o algún hecho reciente que acaparaba la atención de todas.

Las que sabían nadar, porque paradójicamente no todas sabían, abandonaban el grupo a ratitos cortos para dar unas brazadas con la misma parsimonia que transcurría la conversación.

Todas ellas acudían a este cónclave al atardecer, con batas o vestidos largos y cómodos, anchos, algunos de ellos negros, grises o marrones, colores oscuros. No tenían bañadores como



Una vecina, Teresa, Doña Pura (veraneante que venía cada año a la casa de al lado de la mía) y mi madre con mi hermano Manolo en brazos.

14

el resto de los miembros de la familia. Era como si por estar casadas no pudieran mostrar la silueta de los cuerpos mojados. Otra losa de la moral católica y patriarcal. Tras este rato se despedían, excusaban su marcha con un comentario sobre lo que les quedaba por hacer todavía en la casa que era para ellas su castillo cárcel.

Otros momentos rituales se prolongaban durante más tiempo. En la mañana de los sábados el barrio cobraba una actividad inusual. Las calles terrizas, con o sin charcos según la época, se convertían en una pasarela de diferentes personajes que ofrecían sus mercancías o servicios en este único día de la semana, así que había que estar atentos.

Recuerdo el afilador de cuchillos y tijeras, con la melodía de su flauta o chiflo que atraía a la gente por su musicalidad. Se paraba con su carro, con la piedra de afilar, en los mismos lugares cada sábado.

El latero que arreglaba todo tipo de cacharros de latón, cobre y otros metales. El heladero que con su carrito llevaba cortes y cucuruchos. El cabrero que pasaba para vender leche directamente ordeñada de las tetas de la cabra, con una parada fija en el colegio de párvulos al que llamábamos *Las cagarrutas*, os podéis imaginar porqué. Según mi amigo Toni hay tres teorías de este nombre: uno se atribuye a las cagarrutas que dejaban las cabras en su puerta, otro porque a los parvulitos también se les llamaba cagarrutas por ser pequeñitos y la tercera era porque ese edificio antes de ser escuela fue un corral de cabras. Escoge el que más te guste.

Venía otro lechero que traía, cargados sobre mulas, grandes cántaros metálicos brillantes y frescos llenos de leche. El madroñero que traía los madroños ensartados en una fina caña clavadas en la penca de una chumbera.

Sí, el barrio era un espectáculo; por ese día los juegos y rituales de encuentro y disfrute, incluso algunas labores cotidianas se interrumpían para dar tiempo a atender a estos vendedores callejeros que liberaban de la monotonía.

Al rescate de mi padre

Aunque mi padre se crió en el campo y vivió de él hasta poco después de casarse, el establecerse en la playa le fue generando unos lazos de dependencia profunda y gozosa de la mar y sus formas de relación. No trabajó en ella pero sus aficiones primeras, procedentes de su vida campera: la caza, el huerto, el rebusco de espárragos, chumbos, etc., fueron dejando sitio a la pesca con caña, desde la orilla o en el bote. No llegó a tener uno pero disfrutó del de su hermano Rafael y del de algún que otro amigo.

Para mi padre, el trabajo bien hecho, hasta la extenuación, era su religión y el sentido de su vida, siempre después de la familia. Su momento de desenganche de la semana de trabajo agotador llegaba el sábado por la tarde, cuando echaba su ratito de pesca con caña. Durante muchos años, su lugar preferido donde echar el anzuelo era el paredón que separaba la playa del *roqueo* de los Baños del Carmen. En la pared del astillero Nereo había un muro de hormigón que entraba en la mar, allí pescaba, unas veces solo y otras con algunos amigos. Hubiera podido estar más cómodo pasado ese muro pero estaba prohibido el paso para los habitantes de la playa.

Un día, se hizo de noche, pasaban las horas y mi padre no volvía de su rato de pesca. La mar estaba brava, un oleaje fuerte se hacía sentir en la playa y mi madre empezó a preocuparse. ¿Lo habría golpeado una ola haciéndole caer al *roqueo*? ¿Se habrá golpeado en la cabeza y se ahogó? La preocupación de mi madre era tan grande que me ofrecí para ir a buscarlo, quizás ella me obligó, pero a mi yo ego le interesa que el recuerdo sea como lo tengo recogido en la memoria.

El hecho es que de noche, con diez u once años de edad, recorrí el kilómetro que aproximadamente separa mi casa del lugar donde pescaba mi padre. El recorrido era irregular, pues había tramos en los que las olas casi llegaban a las paredes de las casas y mi paseo se convertía en un serpenteante baile para esquivar aquellas lenguas espumosas y amenazantes en su alocado ascender y descender por el rebalaje.

Mientras me acercaba al lugar el estruendo del oleaje chocando contra las rocas se fundía con los pensamientos que me acosaban histéricos desde un hipotético y terrible drama a un feliz y placentero encuentro con mi padre. Ambas posibilidades torturaban o regocijaban mi mente. La oscuridad, el rugir de las olas y la incertidumbre eran más fuertes y casi me hacían anticipar las lágrimas, que se confundían con la humedad del baño por las salpicaduras que me envolvían al recorrer la orilla. Poco a poco, la silueta de mi padre con su caña apareció, como una figura de teatro de sombras hasta tomar color. Con sus botas y pantalones de plástico impermeable y su gorra, allí mojado y con la caña firmemente apoyada en la cintura.

Al verme llegar su cara cambió, se mezclaron gestos contradictorios que mostraban enfado, ese enfado se trocaba de pronto en preocupación y atención tierna porque ya se imaginaba la desconfianza de mi madre por el atrevimiento de enviarme a mí.

Siempre me acompañaron esos cambios gestuales en mi recuerdo de esta historia, con el tiempo he conseguido descifrar las emociones que los generaban.

El enfado al verme podría ser la sorpresa de ver como mi madre desconfiaba de él, el hombre de la casa que no necesita cuidados, ni vigilancias, ni controles. La rápida reflexión, lo arrojaba a la realidad, al ver mi cara de preocupación y alegría. Esto lograba doblarle el brazo varonil y machista de su pensamiento primero, centrando en mí la atención, que a la vez encarnaba los miedos de mi madre.

—¿Qué haces aquí, Miguelín? Mira lo que he pescado.

—Mamá estaba preocupada por el oleaje.

—No pasa nada, me entretuve porque hay buena pesca. Mira que robalos he cogido. Venga, recojo y volvemos a casa.

Mi padre era como la mar, salvaje y violento en los *arranques*, pero plácido, tierno y transparente en los tiempos de calma.

Muchas fueron las experiencias gratas y no tan gratas que atesoró en su relación con la mar y la pesca. No nos reímos con ninguna más que con aquella en la que estando pescando en el *roqueo* de la fábrica de la *posla*, con la mar picada, haciendo equilibrio entre las rocas, cambiaba continuamente de una a otra para colocarse en un buen lugar, siempre con la caña y otros aparejos en la mano; de pronto en uno de sus gestos de esfuerzo, al abrir la boca se le cayó la dentadura postiza y tuvo que volver a casa sin ella.

Sin ser hombre de la mar, se embarcó en una experiencia de coherencia con la naturaleza marina y sus reglas, en un intercambio con ella que le acompañó hasta en sus previsiones ante la muerte.

En la playa de la Mezquitilla, nos vimos mis hermanos y yo arrojando sus cenizas a la mar. Dejó dicho que en aquella playa había hecho muy buenas pesqueras y que les debía un detalle, nos pidió que echáramos sus cenizas allí para que sirvieran de *enguaje* a los peces. Un par de años más tarde, mi madre que sí que era marenga, hija del patrón de barca Luis *El Nueve Doble* quiso que también echáramos sus cenizas en las mismas aguas donde dejamos las de mi padre.

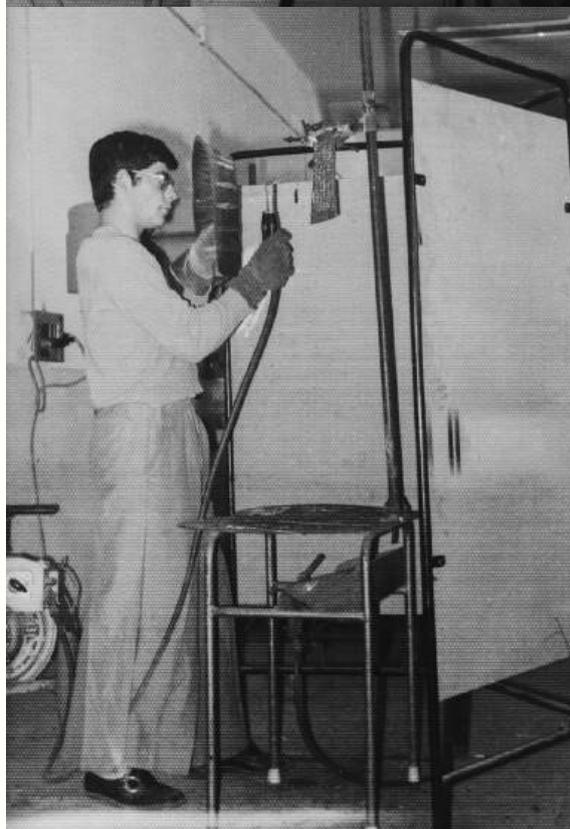


La barca *Ana María*, de mi abuelo Luis *El Nueve Doble*.
Él no se encuentra entre la tripulación en esta fotografía.

Casa Pedro. Al llegar a El Palo me quise hacer un hombre

Cuando nos fuimos a vivir a El Palo asumí el rol de mayor, acabé el Primer Grado de Formación Profesional en Construcciones Metálicas, esos eran los estudios que hacíamos los hijos de los trabajadores que no tenían medios para mantener a sus hijos en bachillerato y COU. Los nuestros eran los estudios de oficialía, eminentemente técnicos, de aprender un oficio; en mi caso, el de soldador, soldadura eléctrica y oxiacetilénica. Todavía duran las barandillas de las escaleras que dan paso entre las plantas del colegio ICET. Ese era el tipo de trabajos que hacíamos entonces bajo la dirección de nuestro profesor Juan. Vivíamos aquello con mucha satisfacción porque era la prueba más clara de que realmente habíamos aprendido el oficio y los Jesuitas, propietarios del colegio, tenían con nosotros un gran ahorro.

Nada más acabar, lo que se esperaba de mí era que me pusiera a trabajar en el que debería ser el oficio con el que me ganara la vida para siempre. Mi padre me preguntó, esperando que le dijera que me buscara un *taller de hierros*, ya que al trabajar él en la construcción tendría facilidad para encontrarme un puesto. Sin embargo, yo ya había decidido que quería seguir estudiando, aunque fuese en el mismo campo profesional, es decir, el Segundo Grado de Formación Profesional, que entonces era Maestro Industrial. Le dije a mi padre lo que quería y le tranquilicé porque no me convertiría en una carga para la casa, me pondría a trabajar los fines de semana y las vacaciones escolares (de verano, de Semana Santa y de Navidad, y todos los días de fiestas) de camarero extra en el restaurante Casa Pedro. Mi padre aceptó mi decisión, que era poco común en aquella época en los niños de mi generación y mi clase social; de hecho, mi hermano, dos



Haciendo prácticas con la taladradora y de soldadura en el taller del ICET.



ICET, al fondo, a la izquierda, Casa Pedro. Años 50. Málaga. Foto Arenas.
 Archivo Histórico Fotográfico Universidad de Málaga.

años menor que yo, cuando le tocó el turno decidió dejar de estudiar y ponerse a trabajar. Desde entonces y hasta hoy, ha vivido de ser un excelente fontanero.

Yo tenía un tío que era camarero en Casa Pedro y le pedí que me llevara al restaurante. Lo consultó y me dijo que cuando cumpliera los catorce años. Eso llegó pronto y recuerdo aquella mañana como si del día de hoy se tratara. Vivíamos en el mismo bloque de pisos, yo en el primero y él en el tercero. El mismo día de mi catorce cumpleaños, coincidió que era domingo, le esperé en las escaleras de la primera planta con mis zapatos negros brillantes, mi camisa blanca inmaculada y perfectamente planchada; para acabar el uniforme, los pantalones largos y negros planchados con la misma pulcritud que la camisa. Mi tío Paco fue quien me enseñó el oficio, él además se sentía muy responsable de todo lo que me acontecía en el restaurante, me hacía reír y me regañaba cuando hacía falta, siempre que recuerdo aquella época me siento muy agradecido a sus cuidados, su cariño, sus enseñanzas y disposición conmigo.

Ese primer día fue agotador, llegué en la noche a mi casa y entregué a mi madre las setenta y cinco pesetas que había ganado, era mi primer sueldo. A mi madre se le escaparon dos lágrimas, supongo que de orgullo porque ya me veía hecho un hombrecito. Cuando dejé el ICET, y en paralelo al trabajo en Casa Pedro, seguí estudiando en la *Escuela Franco* que hoy es el IES Rosaleda. Cada día cogía dos autobuses para ir a la *Escuela Franco*. Al tiempo y con los ahorros me compré un Vespino de segunda mano con el que me desplazaba por mí mismo.

Casa Pedro fue para mí otra escuela. El trato con la clientela me ayudó a controlar, no eliminar, la timidez que todavía me afecta. Me ayudó a comprender la complejidad de la comunicación entre personas, muy distintas todas. De alguna manera entendí que la Psicología era un campo del conocimiento muy útil para ello y me aficioné a leer sobre esta materia, lo que más tarde me facilitó los estudios de Magisterio y Pedagogía. Allí en el restaurante descubrí los conflictos y los problemas laborales, mi pertenencia a la clase trabajadora y allí nació mi conciencia de clase. Fueron años duros pues sólo tenía tiempo para el estudio y el trabajo; la libertad y el disfrute de la juventud se me escurrió entre los dedos como el agua, por falta de tiempo para vivirla como los demás jóvenes. Pero con ello también aprendí a ser disciplinado, metódico y paciente con las tareas personales que invertía con esfuerzo en los objetivos que me proponía.



En la entrada de Casa Pedro. De izquierda a derecha: el segundo, mi tío Paco; le siguen Nicolás, Vicente Del Pino y Falele; a la derecha, Pepe Rubio.

En Casa Pedro forjé buenas amistades y conocí estupendas personas con las que aún me saludo sonriente en las calles del barrio.

Otros muchos ya murieron. Recuerdo con especial cariño a Cayetano; —¡Cayetano ponme cinco cañas! —le gritábamos desde las escalinatas de entrada al comedor, y él, cinco metros más allá, tenía su moraga montada con capacidad para doce o quince espetos de sardinas; rápidamente atendía el pedido y los colocaba, si es que había lugar en el camellón de arena donde se clavaban las cañas inclinadas hacia los rescoldos.

Cayetano era un gitano serio que hablaba poco y parecía siempre enfadado, siempre refunfuñando porque no daba abasto con tantos espetos, o por otros motivos relacionados con el trabajo que lo agobiaban a pesar de su aparente tranquilidad, o porque con las prisas algunas sardinas se habían caído del espeto, cosa que le ocurría pocas veces, pues era un experto espetero. También asaba las sardinas Paco al que llamábamos *Pacote*.

En muchas ocasiones, cuando yo era aprendiz o ayudante de camarero, esperaba junto a Cayetano a que estuvieran listos los espetos que mi jefe le había pedido. Él me ponía a ayudarlo en algo, a veces era a espetar. Debía tener cuidado con que al espetar las sardinas todas tuvieran la espina en el mismo lado de la caña y con todas las cabezas mirando hacia el mismo sitio. La candela siempre debía disponerse donde venía el viento, de levante o de poniente, a veces era al norte o al sur, para que el humo no le diera a las sardinas. Ya se encargaría Cayetano de eso y de clavar los espetos en el camellón, algo inclinados hacia la hoguera y con la espina debajo. Cuando se habían hecho por un lado, al darle la vuelta, la espina al quedar arriba ayudaría a sostener las sardinas y así evitar que se cayeran, cuando estaban casi asadas.



De izquierda a derecha: Miguel, Paco, Cayetano, Pepe Rubio y Pepe Redondo, junto al murete de hormigón del comedor que daba a la playa. El Palo. Años 80.

20

Se mojaba las manos en el cubo donde estaban las cañas, para no quemarse al coger el espeto, cambiarlas de lado y sacarlas; cuando estaban hechas las posaba en el plato, con delicadeza las presionaba con una mano y con la otra sacaba suavemente las cañas de los cuerpos de las sardinas que quedaban recostadas en perfecto orden. Hecho esto, ya estaban listas para servir y comer en el mismo plato.

A él le debo ese saber popular que he mantenido vivo hasta hoy. A pesar de su aparente seriedad y mal genio, Cayetano siempre me cayó bien y yo lo recuerdo como un hombre tierno con los que éramos chavales.

Fiesta para Francisco Chifla

Durante mi trabajo en Casa Pedro, mi vida estaba atada por los estudios en la *Escuela Franco* y mis obligaciones en el restaurante. La vida política cada día era más intensa; en una ocasión, dada mi experiencia hostelera, se me pidió organizar una fiesta para sacar dinero y ayudar a un amigo que tuvo que huir porque la policía lo fue a detener a su casa. En aquellos años pertenecer a un partido de izquierda y opinar contra el régimen, ya te ponía en peligro de ser detenido, interrogado y quién sabía que otras terribles cosas te podían pasar, así que algunos tenían claro que tenían que huir. A este amigo lo llamaremos Curro Chifla. Llevaba meses fuera de Málaga, necesitaba algo de dinero para seguir oculto, y nos juntamos un grupo de amigos para ayudarlo. Conseguimos una casita con patio en La Pelusa y allí decidimos hacer un guateque, con baile y comida. Los que teníamos más experiencia éramos otro amigo y yo, así que fuimos anunciando la fiesta y preparándolo todo. Solo había un problema, como yo todos los sábados trabajaba

en Casa Pedro, tenía que idear algo para faltar al curro, aunque ese día, como era lógico, no cobrara. Los *extras* solo cobrábamos los días trabajados.

En aquellos años, hacía teatro en un grupo del barrio, así que ideé fingir un accidente. El sábado por la mañana, salí de mi casa con todo preparado para dirigirme al restaurante: zapatos y calcetines negros, pantalón largo, negro y bien planchado, camisa blanca no menos cuidada y la chaqueta blanca, de mangas largas, perfectamente doblada sobre el brazo izquierdo. Me despedí con normalidad de mi padre y de mi madre, nada más bajar el primer tramo de escalones, comencé a dar golpes en el pasamanos de madera y a gritar simulando una caída. Rápidamente llegó mi padre ayudándome a levantarme del suelo donde yo le esperaba a medio levantar.

—No pasa nada, no pasa nada —repetía yo algo quejumbroso.

—¿Cómo estás, te duele algo? —preguntó mi padre.

—Uff, estoy bien, me duele la muñeca, pero seguro que no es nada.

—Si quieres vamos a que te vean en urgencias.

—No creo que haga falta, seguro que estoy sólo lastimado, pero no creo que pueda coger la bandeja hoy.

Mi padre insistió en ir a urgencias y yo empecé a preocuparme porque podría descubrirse el engaño. No sirvió de nada que me negara a ir, mi padre firme y resolutivo me llevó al hospital. Allí me hicieron una radiografía y ante mi asombro y satisfacción, el médico dijo que tenía una fisura y que sería suficiente con una venda. Así que todo salió a pedir de boca. Tras la visita al hospital, mi padre me llevó a Casa Pedro, donde mostré mi venda explicándole, apenado, a Lorenzo, las circunstancias del accidente y la imposibilidad de trabajar. Lorenzo se mostró contrariado, pero no supuso ningún problema llamar a alguno de los *extras* que tenía como reserva para situaciones concretas, como banquetes con muchos comensales y otras circunstancias.



Casa Pedro a principios de los años 80. El Palo. Málaga.

Yo dispuse de mucho tiempo para dedicarme en exclusiva a preparar la fiesta. Una fiesta que disfrutamos tanto los que la trabajamos como los que acudieron a la llamada, sin saber el destino de los beneficios. Se le entregó a nuestro amigo el dinero y pudo continuar con su diáspora de buscado por la policía.

Creo que esta fue la única ocasión en la que le fallé a Lorenzo y a Pedro, nunca falté, ni en los fines de semana, ni en las vacaciones, acudí incluso cuando me pedían que faltara a clase en cualquier día de la semana para trabajar en una comida de muchos comensales y que surgía cuando no tenían suficientes camareros para atenderla. Pero en esta ocasión, mi conciencia de clase y fidelidad de amigo pudo más que la fidelidad a la empresa.

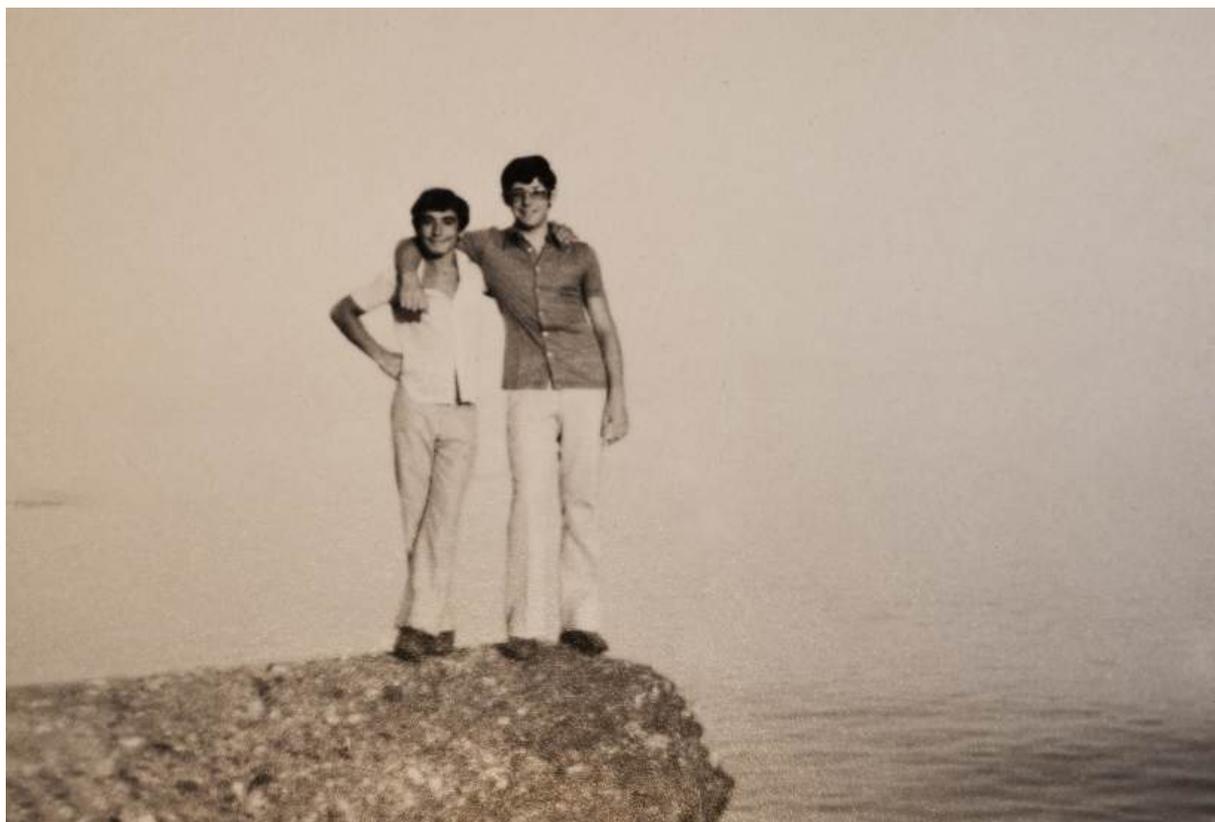
La mar siempre fue mi refugio y mi confidente

Los pocos amigos que pude atesorar en el poco tiempo que tenía libre eran de dos ámbitos distintos, por un lado, estaban los que conseguí en las cercanías de la comunidad cristiana de la *iglesia chica*, la parroquia donde estaban dos curas obreros (Miguel León y Amador) que realizaban una gran labor social en el barrio y servían en aquel entonces de conexión entre gentes y grupos que aspiraban a acabar con la dictadura franquista. En sus reuniones y encuentros entre gente joven y mayor, conocí a personas de los diferentes partidos políticos de izquierda, que entonces eran ilegales, y también a los jóvenes de la comunidad cristiana que en su mayoría pertenecían a la HOAC. De este tipo de personas y de grupos nace la Asociación de Vecinos y Vecinas de El Palo en 1976. Algunos de estos jóvenes eran chicos y chicas que vivían en la playa y se habían criado como yo, en el rebalaje. Teníamos mucho en común y se notaba en nuestras relaciones esa infancia especial y esa impronta que daba la playa a sus moradores.

Pero volvamos al otro grupo de amigos que encontré a doscientos metros de la casa de mis padres, donde yo vivía. En Villafuerte Alto logré construir una relación afectuosa con un grupo de amigos y amigas, con algunos de ellos todavía guardo una estrecha y hermosa relación.

Eran los años de los primeros enamoramientos y yo tenía todo a favor para perdermelos: mi timidez, mi sobreocupación con los estudios y el trabajo en Casa Pedro. Como era natural me surgieron las primeras *plagas de mariposas en la barriga* por una chica preciosa y maravillosa, siempre traté de esconder mis deseos y sentimientos por ella; entonces las expectativas del grupo eran mantenerse como grupo y no generar parejas, que era lo que en realidad todo el mundo quería. Eso, mi incapacidad para comunicar sentimientos y emociones, sobre todo amorosas, y el saber que disponía de poco tiempo para dedicarle a esa relación, lo cual suponía pedirle salir juntos, hicieron que nunca me declarara; aunque yo creo que todos en el grupo sabían de mis sentimientos y represiones. Aún guardo un billete de 100 pesetas que ella firmó. Su firma ya era motivo de adoración para mí y guardé ese billete todos estos años en recuerdo de aquellos bellos sentimientos.

Llegó el día que tenía que llegar y a esta chica se le declaró otro, porque yo no tuve valor, también por el miedo a su rechazo. Para colmo quien se le declaró era mi primo, uno de mis mejores amigos entonces y tal vez el primo que más he querido en toda mi vida hasta su muerte reciente.



Mi primo Luis a la izquierda y yo a su derecha en uno de los tubos de vertidos de la playa de El Palo. Años 80. Foto: Mariano García.

23

Esa noche o a la siguiente de su declaración amorosa, me esperó a que saliera de trabajar para comunicarme que se había declarado a esta amiga común; sabía de mis sentimientos, aunque nunca los manifesté ni a él. Tuvo el detalle de acompañarme en el temporal emocional que me provocó la noticia, porque sabía cuanto sería mi dolor.

Ya de noche bebimos y deambulamos por las calles, yo pasado de alcohol le convencí de ir a la playa, la mar siempre fue mi refugio emocional. Junto al restaurante Casa Pedro cerrado hacía horas, me desnudé, me eché a nadar y a dejarme acariciar y mecer por las generosas y acogedoras aguas. No recuerdo si él también se desnudó y bañó, pero lo que sí recuerdo es que de pronto, comenzó a exigirme que me vistiera y saliera del agua. —Venga, Miguel, que viene la Guardia Civil. —¿Por qué debíamos tener miedo a la Guardia Civil si no hacíamos nada malo? Bueno, estar borracho en el agua era un riesgo, también había que tener en cuenta que había guardias civiles en nuestro barrio famosos por dar palizas a los borrachos en plena calle. Había de todo y nosotros ya teníamos una opinión no muy buena de este cuerpo y a quien servía en lo político.

La llegada de los guardias y la discusión de mi primo y yo se sucedieron muy rápidas, la conclusión fue que él se retiró antes de que lo vieran y yo me quedé con mi cabezonería y un dolor como un mordisco de marrajo en la barriga. Me quedé allí con mis protectoras, las aguas de mi mar.

En cuanto me vieron comenzaron a exigir que saliera del agua y yo a negarme y a decirles que me dejaran en paz, que no estaba haciendo nada malo y que estaba muy bien en el agua. Ante su insistencia ya amenazante e insultante:

—Venga ya, gilipollas, sal del agua o te vamos a dar la del pulpo —más irreverente y retadora se volvía mi respuesta.

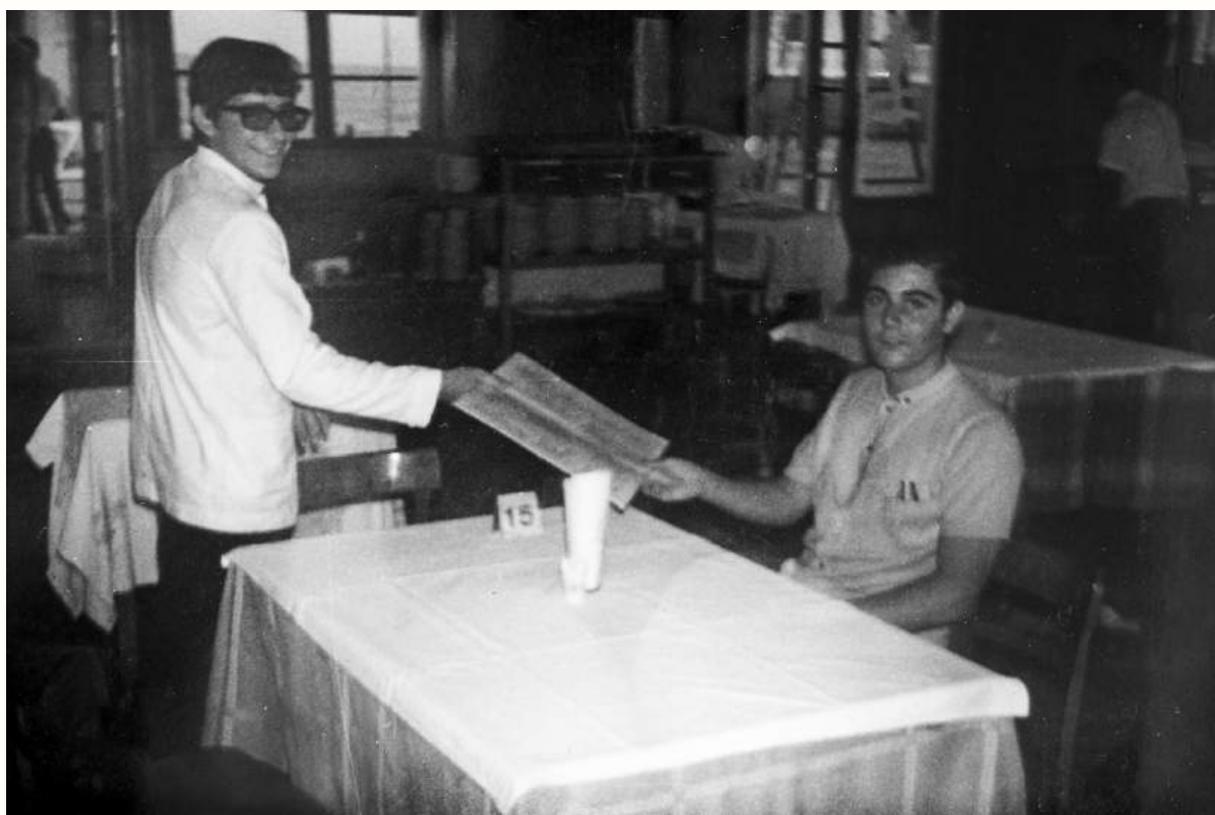
—Entra tú si tienes cojones y sígueme nadando a ver dónde llegamos —en ese tono estuvimos cerca de media hora, hasta que se cansaron y se fueron insultándome y hablando entre ellos.

—Déjalo ya, a ver si se ahoga el cabrón este, no nos vamos a tirar aquí toda la noche.

Me quedé allí casi flotando y moviéndome a cámara lenta acariciándome con las aguas, mientras reflexionaba sobre mi enamoramiento frustrado y sobre la escena feliniana de la Guardia Civil, esperé tranquilo y cada vez más fresco; poco a poco el alcohol había dejado de hacer efecto, cuando estuve seguro de la ausencia de los guardias civiles, salí del agua, recogí la ropa que había dejado en el murillo de los aparcamientos de Casa Pedro y me fui a casa, a seguir llorando mi pena.

Sí, la mar siempre fue mi refugio y mi confidente.

El comedor principal donde trabajaba



Mi amigo Mariano sentado a la mesa y yo. Casa Pedro. Años 80.

El comedor principal estaba donde hoy está el paseo marítimo y parte de la plaza Padre Ciganda, aunque antes, y durante años, esa plaza se llamó popularmente plaza de Casa Pedro, era rectangular, con unas escalinatas que daban entrada a la puerta principal.

La fachada orientada hacia la playa estaba completamente ocupada por grandes puertas de cristaleras, ofreciendo maravillosas vistas al mar que a veces las bañaba. Para proteger las puertas y cristaleras del mar, había un pequeño murete de hormigón que los pescadores aprovechaban para sentarse a tomar el sol y hablar. Se sentaban allí en los tiempos en los que el restaurante permanecía cerrado o en el invierno cuando no se abrían las puertas para proteger del frío. Las mesas que estaban junto a las cristaleras eran las más demandadas, si se daba un par de pasos desde la mesa, ya se estaba en la arena o las piedras de la playa. A veces había temporal y la mar venía tan poderosa que el agua entraba en el comedor; cuando eso ocurría, se abrían las

puertas para facilitar la entrada del agua y evitar que se rompieran las cristaleras, y se cerraba el comedor. Esos días se atendía a los clientes en otros comedores más pequeños.

En la parte norte del comedor, estaban apoyados contra la pared los muebles con todos los materiales para el servicio: manteles, servilletas, cubiertos, vasos y copas y todo lo necesario para montar las mesas y reponer. Entre estos muebles y la fachada de las cristaleras estaban las mesas de servicio, que se organizaban de diez en diez. Cada rango o sector de mesas estaba atendido por un camarero con su ayudante, a veces, también con un aprendiz.

Melchor, el metre, un señor serio y cercano que contaba con el respeto de todos, coordinaba el trabajo de los camareros y entre estos y la cocina. Recibía a los clientes desde la entrada de las escalinatas y los acompañaba a la mesa que él elegía, teniendo en cuenta los gustos de quien llegaba. Así también iba distribuyendo a los comensales entre los diferentes sectores o rangos.

Paseo por sus entrañas

Entrar en la cocina de Casa Pedro era entrar en otro mundo, como de cuentos de aventuras: gritos, insultos amables y risas, bromas y enfados, todo mezclado en un torbellino y aparente caos.

A la derecha, nada más entrar, estaban los dos puestos de facturas. En el principal se encontraban Pedro y Lorenzo acompañados por algún otro familiar y en la izquierda, Pedro, un chaval fortachón y simpaticón con apariencia de serio y voz radiofónica que derrochaba seguridad y capacitación. Con algo tan serio como las facturas de las mesas, también estaba mi amigo Mariano, éramos uña y carne. Mariano era más serio aún que Pedro y de una eficacia sin resquicios; era muy difícil que se equivocaran en una factura. De Mariano gané la afición por la fotografía, en el laboratorio que tenía montado en su casa aprendí a revelar fotografías. Recientemente me encontré con él después de más de 40 años, me pasó un montón de fotos de aquella época y se acordaba de muchos nombres que yo tenía olvidados. Ha sido un gran reencuentro. Otro compañero habitual en el espacio de las facturas era Pepe Sevilla.

Decía, que entrar en la cocina era entrar en un aparente caos: voces, y carreras, gente corriendo de aquí para allá con bandejas en las manos. Los platos se recogían a la derecha o entrando al fondo, donde Antonio y Rogelio preparaban los postres.

A la derecha estaban los fogones, el corazón de la cocina, alma y esencia del restaurante. Lucas, su jefe de cocina, queriendo gritar, pero sin que elevara nunca la voz en demasía, enumeraba los platos que los camareros habían anotado en las comandas. —Una zarzuela de mariscos, dos panachés de verduras, 3 de chanquetes.

Hay que recordar que en aquella época, década de los 70, aún se podía pescar y vender los chanquetes.

Un equipo de ayudantes se movían a gran velocidad preparando lo necesario. —¡Marchando! —grito de aviso que Lucas daba para que se supiera que se iniciaba la elaboración de los platos pedidos. Cuando había que sustituir a Lucas por algún imprevisto poco probable o cuando ya se jubiló, allí estaba Pepe *el Lobo*, un cocinero con el apodo del nombre de la barca de su padre que encerraba en su ADN toda la cultura marenga y paleña. Pepe también estaba emparentado con Matías Rodríguez, mítico pescador y defensor de los intereses de la gente de la mar, patrón de la barca *La Jopo*, que murió en la cárcel, donde lo metieron los franquistas cuando llegaron a la barriada, arrasando y provocando *La Desbandá*.



Grupo en la cocina de Casa Pedro entre los que se encuentran Pedro, Paco, mi primo Miguel y Chanfli, agachados de izquierda a derecha; detrás, Salvador Pino y Pepe Sevilla.
El Palo. Años 80. Foto: Mariano García.

Pepe *el Lobo* es uno de los pocos que en el barrio, recogió en un libro el legado gastronómico de la cocina marenga. Hombre noble, amable y con una conciencia de clase y cultura limpia y hermosa.

Un poco más al fondo, junto a las cámaras frigoríficas que almacenaban alimentos y bebidas, estaba el puesto de los postres desde donde Rogelio y Antonio Castro López preparaban pijamas, tortillas noruegas y otras exquisiteces con la agilidad y cuidado de dos artistas.

Antonio Castro López, *el Telera*, que no me toca nada a pesar de sus apellidos, regenta actualmente un minúsculo pero muy particular bar, el *Échate pallá*, situado en la plaza del gran cantaor Niño de las Moras. Y tal vez sea el más barato de los bares de El Palo, teniendo la particularidad que si te sientas a tomar una caña y pides algo de *pescaito* tienes asegurado tu tomate *picao* y algo de queso a cuenta de la casa.

Frente al puesto de los postres, estaban los espacios de la limpieza de platos, vasos, manteles, etc. Las mujeres del restaurante eran trabajadoras que llenaban de buenas percepciones el negocio. Había mucha diferencia de los gritos de trabajo de los hombres y los de estas mujeres, siempre con la atención y el cuidado a flor de piel, pero con la fuerza y disciplina del trabajo de un temporal de levante fuerte. Era ese un cosmos de ruidos del chocar de platos y vidrios al lavarse y moverse de un lugar a otro, gritos y mandatos, aparente debacle y, sin embargo, orden perfecto y control responsable de todo lo que allí se hacía.

Encarnita y otras jóvenes: Antonia, Josefa, Juanita, Segado, todas a las órdenes sabias y expertas de Maruja, María, Manola, etc. La ternura y simpatía de Maruja siempre me atrajo y conmovió, con el transcurrir del tiempo, llegamos a ser familia, su hija Carmen se casó con mi hermano José Luis. Maruja murió recientemente, feliz y tranquila después de una vida de



Compañeras de la cocina de Casa Pedro; entre ellas, Antonia y Encarna. Delante, Pepe Mancera y Antonio "El Telera". Años 80. Foto: Mariano García.

esfuerzo, penalidades y lucha para sacar su gente para adelante. Me quedé con las ganas de comentar con ella cosas sobre el restaurante, en eso quedamos, pero se fue antes. Que descanse en paz, como vivió sus últimos años.

27

Otro gran espacio completaba la planta baja del edificio principal, casi ocupado por completo por lo que he descrito, era la barra. La cara bonita y la sala de espera del restaurante. Allí un plantel de camareros, Manolo, Andrés, Gabi y otros más jóvenes, servían bebidas y tapas de espera, antes de pasar al comedor; de ellos, dos llegaron a cumplir el sueño que yo tuve a los dieciséis años, cuando me hicieron jefe de rango.

Andrés montó y regentó Canta el Gallo, junto a este Encarnita puso el Ponte Gordo y Gabi construyó el merendero con su mismo nombre, a unos metros del lugar donde estuvo el mítico Traganúo.

Por la barra recuerdo haber visto tomar una copa al cantaor Porrinas de Badajoz, siempre con su traje blanco impoluto y sus gafas de sol. Todo un señor artista, que tenía cerca una casa donde pasaba días de descanso. Un vendedor de lotería era habitual de esta barra donde debía vender muchos billetes, porque yo lo veía por allí casi a diario. Y seguro que allí le atendería Pepín o Antonio o Andrés o el mismo Gabi antes de marcharse para montar su merendero frente a la estación.

Entre chapas y junto al aparcamiento, varios compañeros se ocupaban de diversas tareas: transportar materiales, asar sardinas, aparcar los coches de los clientes, y muchas más. Estaban Chanfli, Pacote y Rafael, quien también vendía lotería y se casó con Maruja, la de la cocina.

A la izquierda de la cocina estaba el almacén, donde se llevaban las botellas que se habían servido en las mesas, muchas de ellas llegaban con un resto de vino y había que cuidar mucho que los muy jóvenes que trabajaban allí no se iniciaran en la bebida.

Encima de la cocina, accediendo a través de unas escaleras estrechas y empinadas, estaba el comedor de arriba. El más nuevo y selecto, que se abría cuando se preveía que habría mucha clientela o cuando se concertaba una comida para un número suficiente de comensales.

Me da pena no acordarme de todos los nombres, pero no puedo dejar de mencionar al menos los que recuerdo gracias a la magnífica memoria y a las fotos que por suerte conserva mi amigo Mariano García Torres de su colección, hechas y reveladas en su laboratorio de aficionado: Francisco Ruiz Robles, Nicolás, *Vene*, Agustín Garcés García, Paulino, Manuel Vargas, Pedro el guardacoches, Juan el *Cara*, el *Chanfli*, Manuel Tamayo Sola, Lucas López Rubio, Enrique Sánchez Galacho, Pepe Sevilla, José Ruiz Robles, Julio, José Toro Gutiérrez, Salvador Burgos del Pino, Joseito Castro, Antonio Manceras Roldán, Antonio Ruiz el *Chalín*, Francisco Hervás Segovia, Conchi Martínez Zafra, Juan Miguel Negro Martínez, Francisco Amat Jiménez *Pacote*, Miguelín Barba, Manuel Escaño Díaz.

Una jornada cualquiera

A las once de la mañana, el restaurante era un bullicioso lugar en el que todos estábamos en actividad incesante. Algunos camareros llenaban de vida el comedor con su alegría entre bromas y risas sin cesar en su laboriosidad. Las frases ingeniosas, los chistes, las bromas y puyas nada agresivas atravesaban como saetas el comedor de una punta a otra. Algunos que tenían una gracia y alegría especial, mientras colocaban los manteles en las mesas, cantaban flamenco y copla. Redondo echaba un cante y al acabar, Vicente le respondía desde su sector de mesas con otro. Mientras los demás disfrutábamos sin dejar de preparar el comedor. Vicente muchos años después dejó la hostelería, se hizo taxista y se profesionalizó en la copla como *El taxista cantante*, y así es ahora, archiconocido como artista.

Todos los jefes de rango, enviaban a los ayudantes a traer los cubiertos, copas, platos y demás materiales, y estos iban y venían del comedor a la cocina. A veces no había bastantes cubiertos, ya que todos querían acumular muchos para no perder el tiempo en reponer cuando se servían las mesas. Entonces se producían discusiones que nunca llegaban a producir enfados importantes. También existía una competitividad sana por doblar el servicio de las mesas, cosa muy importante para los *extras* como yo, que ganábamos un porcentaje de la venta que hacíamos, además de sumar las propinas.

Muy regularmente nos visitaban clientes conocidos, habituales del restaurante. Los considerábamos malos o buenos clientes según pidieran platos caros o baratos y dieran buenas o malas propinas. Los camareros entonces les tendían la mano señalando que se sentaran en sus mesas o se les daba capotazo señalando las mesas en otros sectores.. Había que ser muy hábiles para hacer esto sin que se dieran cuenta los compañeros, porque estaba mal visto hacerlo. Esta picaresca nunca enturbiaba la amistad y el compañerismo habitual.

Al llegar la noche, cuando ya quedaban unos pocos clientes en el comedor, todo se volvía más lento, cansado, fatigoso; yo miraba el reloj deseando que acabara la jornada y que no entraran nuevos clientes; si entraban a esas horas, me podían tener hasta muy tarde en el comedor. Poco a poco, se hacían las cuentas con la facturación entregada y se cerraba el día.

Cuando salíamos, subíamos hacia las *cuatro esquinas* con una lentitud cansada y parsimoniosa, entre comentarios de los camareros más viejos sobre el dolor de pies, rodillas y caderas. Estos eran los puntos débiles de los camareros; tantas horas de pie y de aquí para allá, con bandejas cargadas y a ritmo de vértigo siempre dejaba facturas en las articulaciones.

No se me olvidará el mejor momento de la jornada. Al llegar a las *cuatro esquinas* a eso de las doce de la noche o la una, algunos de los camareros nos sentábamos en las pequeñas mesas de aluminio que tenía en la acera el Bar Nuevo, así lo llamaban todos a pesar de que ya tenía un buen número de años de antigüedad, pero nunca dejó de ser llamado como cuando lo inauguraron. Por delante pasaban los coches por la N-340, casi rozando los pies que estirados y descalzos buscaban el frescor que dejaban al pasar. Así sentados, casi tendidos como queriendo descansar más intensamente, nos tomábamos una botella de sidra muy fresquita. Era el rato de los chistes y anécdotas de la jornada. Después de esa parada indispensable, seguíamos el camino a casa, Villafuerte arriba. Siempre subíamos juntos mi tío Paco el *Castro*, Pepe el *Rubio*, Pepe Redondo y yo que era el *Castrillo*. A mí me gustaba que me llamaran por mi segundo apellido por la cercanía con Fidel Castro aunque en realidad todos lo hacían por mi tío el *Castro*.

Dos años después de mi entrada en Casa Pedro, ya me había hecho con el oficio y tenía rango propio, siendo jefe de rango, desde entonces la mayoría de los ayudantes que tenía eran mayores que yo. A veces los ayudantes me disputaban porque yo repartía las propinas a medias con ellos al final de la jornada, lo cual no les gustaba mucho a algunos otros jefes de rango.

Mientras, continuaba estudios de Técnico Especialista en Construcciones Metálicas en la *Escuela Franco*, trabajaba de camarero y pensaba en un hipotético futuro, cuando fuese mayor. Mi soñada esperanza era ganarme la vida dignamente, pensaba que, tras algunos años de duro esfuerzo, podría ahorrar para poder montar un pequeño bar u otro negocio parecido; un negocio pequeño en el que trabajar una jornada más razonable que la que trabajábamos en aquellos años en la hostelería y poder descansar los días que yo escogiera, por aquellos años, nadie en hostelería descansaba los días de fiesta. La hostelería era muy esclava, muchas horas y además trabajando los días y a las horas en las que todo el mundo sale y se divierte. Mi adolescencia y primera juventud se fueron sin que me diera cuenta. La verdad era que había días que se hacían interminables, mirando el reloj para ver cuanto faltaba para acabar la jornada.



Banquete en Casa Pedro. El Palo. Agosto de 1961. Málaga. Foto Arenas.
Archivo Histórico Fotográfico UMA.

Así pasaron mis años de juventud entre los estudios en la *Escuela Franco* y Casa Pedro. Cada sábado y domingo, cada día de fiesta, cada periodo vacacional lo pasaba en el restaurante y los días lectivos en la escuela. Como dije antes, a veces faltaba a clase porque Pedro o Lorenzo, los dueños del restaurante, me avisaban de que tenía trabajo porque había una reserva de un grupo muy numeroso. Podían ser alemanes, franceses o rusos, yo acudía a esa llamada para atender las necesidades del restaurante y ganarme unas pesetas extras.

Estas grandes comilonas eran muy divertidas porque el ambiente festivo y excepcional que ya traían los comensales se contagiaba a todos. A pesar del vertiginoso trabajo, siempre surgían muchas anécdotas graciosas de los intercambios de conversaciones entre clientes y camareros, a veces regalos. En una comida de rusos, los clientes dieron a los camareros un pin con la cara de Lenin y otros de la hoz y el martillo. Estas imágenes estaban entonces prohibidas aquí, y ellos lo sabían, pero encontraron complicidad y empatía política en algunos camareros y se arriesgaron a hacer tan particulares obsequios, que darían que hablar, tanto en el restaurante como en el barrio, en los ambientes cercanos a estos camareros.

Recuerdo que en las vacaciones largas como la de verano, mi día libre era el martes. Ese día era muy triste para mí, no era un día importante para mis amigos que salían a divertirse los fines de semana. Yo apenas aprovechaba el día como descanso, por la mañana, tendía mi toalla en la arena de la playa y un sentimiento de soledad me invadía; salía mi afición al deporte, me iba corriendo al Rincón de la Victoria y volvía para darme un chapuzón y volver a mi casa; la playa ya no era la que viví en Pedregalejo. Nada especial en los martes.



Playas de El Palo a la altura de la desembocadura del arroyo de Calle del Mar. Al fondo, el astillero de Miguel García Román (bisabuelo de Paco López García, quien nos facilita esta información). Carpintero de ribera de la familia de calafates García de El Palo, está en la playa con mandil y herramientas en las manos. Tras él, un enrejado de madera que separa el astillero del merendero de Miguel "el de las sardinas", el primero en vender espetos de sardinas y quien, probablemente, le diría a Alfonso XIII aquello de "con los deos Majestá". Hacia 1910. Foto Thomas. Archivo IEFCA.



Casa Pedro en sus inicios, hacia 1930. Málaga. Publicación *Vida Gráfica*. Archivo Díaz de Escovar.

Una rápida visión de la historia de Casa Pedro

31

Casa Pedro es uno de los primeros merenderos de El Palo, que es como decir de Málaga, antes existieron otros como el de Miguel de las Sardinias en el costado oeste de lo que es hoy el ICET y aún un poco más allá, frente a la estación del tren, estaría el Traganúo.

Sin duda, Casa Pedro ha sido el merendero de mayor popularidad y nivel de calidad que llegó a tener Málaga durante años. Acogió a decenas de jóvenes y padres de familia como empleados suyos, allí aprendieron el oficio de hostelería, que antes se aprendía trabajando, no en escuelas, y algunos llegaron a tener negocio propio. Otros pasamos por allí mientras compatibilizábamos estudios con trabajo. El conglomerado de tipos de personalidades, caracteres, necesidades, destrezas, conocimientos y experiencias que allí se daban eran de una riqueza sociológica única. Para mí fueron una escuela y un lugar de crecimiento personal. A pesar del sufrimiento, de la explotación y angustias propias del trabajo característico de la hostelería, tengo muy buenos recuerdos y sentimientos de agradecimiento a todos los que convivieron conmigo durante los años que estuve allí, y creo y sé por los que vivieron y hablaron conmigo de ello, que sienten lo mismo que yo.

En 1925 abre Pedro Martínez y su mujer María, padre y madre de Pedro y Lorenzo, una tabernilla que tres años después y con unos arreglos se convierte en Casa Pedro, era una planta baja con cinco mesas. En 1931 crece con la construcción de un edificio adosado con dos comedores para 40 personas y enfrente con un chambao de caña. Sigue ganando fama por sus pescaditos típicos de Málaga. En 1950 muere Pedro Martínez.

Sus hijos, bajo la dirección de Lorenzo y el importante trabajo en cocina de María, su madre, hacen crecer el negocio y en 1963 consiguen una concesión indefinida del solar de 1100 metros que ocupaba el negocio. Su carta se convierte en una de las más completas y deseadas de la hostelería malagueña.

En 1990 la Ley de Costas le obliga a tirar el negocio y construir el edificio que conocemos hasta su cierre. Llegan las obras del paseo marítimo al barrio gracias a las presiones de la Asociación de Vecinos de El Palo, fiel representante del movimiento vecinal, para defender las casas de los temporales y ganar servicios en la playa.

Hasta esa fecha, el restaurante se había convertido en lo más representativo de la gastronomía paleña y malagueña y era visitado por infinidad de personalidades: Concha Piquer, Pepe Marchena, Rocío Jurado, Marisol, Luz Casal, Juanita Reina, Marifé de Triana, Porrinas de Badajoz, la saga taurina de los Bienvenida, ministros y artistas; pero lo más importante, desde mi punto de vista, no era eso, para la barriada se había convertido en mucho más, era una empresa de gente del barrio y productos del barrio. Un pozo de cultura popular y gastronomía marenga, sus empleados fueron generaciones de vecinos y vecinas unidos por lazos familiares, algunos con raíces profundas en la historia del barrio. Basta con mencionar al cocinero Pepe el *Lobo*, emparentado con Matías Rodríguez, hombres y mujeres de la mar, de Las Cuevas, de todas las partes del barrio, unos entraron de niños y se jubilaron allí, otros como yo usamos nuestro paso por el restaurante para pagarnos los estudios que realizábamos en paralelo al trabajo como camareros *extras*. Era el emblema del pescaíto malagueño.

Era un lugar emblemático, cuando hice mi primera comunión, viviendo aún en Pedregalejo, mis padres hicieron un gran sacrificio económico para llevarme allí a comer porque me encantaban las gambas a la plancha y estás eran caras. Aún me acuerdo en qué lugar del comedor



Casa Pedro, playa de El Palo. Años 60. Málaga.

nos sentamos. Mi padre con socarronería me decía medio en broma, medio en serio -Sigue comiendo hijo que tú las tienes que aborrecer.

El restaurante no aguantó los cambios en la hostelería malagueña y cerró sus puertas en 2008. Desde entonces quedó ahí, cerrado como un caserón fantasmal, cargado de historia y de recuerdos.

Casa Pedro fue objeto de deseo popular para el barrio. En el lugar se llegó a reivindicar que el ayuntamiento lo expropiara o permutara, para construir o promover la creación de un centro cultural, con escuela de gastronomía marenga y difusora de la cultura marenga, seña de identidad del barrio. El concejal no adscrito Juanjo Espinoza, entonces miembro de Podemos, presentó una moción en el ayuntamiento que recogía esta reivindicación popular. Yo trabajé en Casa Pedro 10 años, ahora de nuevo me sentía unido al restaurante, me pidieron que yo interviniera en aquel pleno municipal, defendiendo la moción. Este es el enlace con mi intervención en el pleno del Ayuntamiento:

https://www.youtube.com/watch?v=cLmQLJF4ySY&ab_channel=PodemosM%C3%A1laga

Y este el enlace con las imágenes de la rueda de prensa ofrecida antes:

https://www.youtube.com/watch?v=optAIN8wxWY&t=29s&ab_channel=PodemosM%C3%A1laga

Se opusieron PP y Ciudadanos que tenían mayoría argumentando que la pérdida del edificio era improbable, que cuando fuera un peligro se aceptaría la propuesta. Pura retórica, el edificio se vendió y actualmente es un negocio hostelero que nada tiene que ver con la identidad del barrio, con la cultura o gastronomía paleña, ni malagueña, ni sus precios están pensados para una población popular. Día tras día todas estas señas de identidad y cultura se nos deslizan entre los dedos y surgen como setas nuevos negocios que sustituyen poco a poco, como piezas de puzle, todo vestigio de nuestra historia e identidad.

La última oportunidad en relación con Casa Pedro era el solar que le cedieron a sus propietarios cuando perdió los comedores con el paseo marítimo. Un solar donde antes estaba el colegio Vázquez Otero se reservó para la familia. Hasta hace poco fue un aparcamiento de coches y por fin decidieron construir allí un negocio de restauración. En un principio los herederos dijeron a los vecinos de la zona que se trataría de un nuevo Casa Pedro, con una carta parecida y con alguno de los cocineros antiguos que conocían el negocio. Al final se ha construido un negocio parecido a los *chilaus* de Torremolinos; ni el más mínimo atisbo de cocina popular, ni de la carta de casa Pedro.

Nuestro barrio sigue perdiendo espacios que podrían dedicarse a fortalecer la identidad y la historia del barrio y se venden o ceden a negocios que nos alejan más de nuestra historia. Todo se privatiza: en El Chanquete, otro espacio que hasta el verano del 2023 ha sido una pequeña plaza, ahora es un nuevo restaurante y además construye una estructura metálica fija para construir otro salón en la misma arena de la playa. Esto es una novedad en cuanto a la usurpación de espacios públicos y las autoridades siguen impasibles. En el peñón de El Cuervo acaban de construir un nuevo negocio de restauración, no quedará espacio para los paseantes, para los vecinos y vecinas que cada día relacionan más salir a la calle con consumir y pagar por lo que antes era de uso común y facilitaba las relaciones sin consumismo. Y los alquileres vacacionales surgen por todos lados, incluso dentro de la línea de separación marítimo terrestre, como en el roqueo frente al monstruo que es la fábrica de cemento.

También viví un despido

Como ya dije, la entrada en Casa Pedro y los contactos con la gente cercana a la HOAC del barrio propició mi entrada en la conciencia política de entonces. El régimen forzaba a la gente a creer que meterse y saber de política era malo, por desgracia hoy también lo están consiguiendo.

Viví uno de los acontecimientos más fuertes de mi estancia en el restaurante cuando llegó mi recién adquirida conciencia política. En aquellos años, en los que todo lo referente a la libertad de expresión y política era ilegal, llegaba a mis manos música prohibida de Víctor Jara, Quilapayún y otros muchos grupos prohibidos aquí, también grabaciones de discursos políticos prohibidos que me abrían los ojos ante la falta de libertad en España.

A veces, en los tiempos previos al inicio del trabajo, me sentaba en el cuartillo donde estaban los aparatos de la música ambiental de los comedores y allí oía algunos de los documentos que me pasaban. Una tarde puse un poco de música e inmediatamente de la cinta saltó un discurso de Fidel Castro. Yo no sabía que la megafonía estaba puesta para que se oyera en el comedor, así que todos los clientes, que no eran muchos, pudieron oír parte del discurso de Fidel. Rápidamente alguien vino alertado a avisarme del problema y yo no sabía dónde meterme por mi torpeza. Aquello tuvo consecuencias: una conversación con Lorenzo en la que yo trataba de explicarle que había sido un accidente involuntario y él trataba de explicarme de la situación en la que ponía al negocio con ese tipo de hechos. No pude convencerlo y me dijo que por favor dejara el trabajo. Yo haciéndome el duro, con aquella arrogancia de la época, le dije: —Esto no es justo y no quedará así.

34

Busqué trabajo para los siguientes fines de semana en otros restaurantes, cuando pasaron varias semanas mi tío Paco vino a darme una noticia: Lorenzo quería hablar conmigo. Mi tío no me anticipó muchos detalles, pero sí me dejó ver que Lorenzo me propondría volver. Lorenzo y yo paseamos por la playa, hablando y sincerándonos sobre lo ocurrido; él trataba de hacerme reflexionar sobre esa situación que no se podía volver a repetir y yo reflexionaba en torno a que todo había sido un accidente. Él respetaba mi manera de pensar, pero quería que me pusiera en su lugar; yo le reconocí el detalle y le prometí que no volvería a ocurrir. Así volví al restaurante a trabajar, aunque los lugares en los que trabajé desde ese día no eran tan buenos como los anteriores. Me mandó al Tívoli (el comedor más alejado) donde entraban menos clientes porque se llenaba cuando ya estaba lleno el comedor principal, así que doblaba menos mesas y había menos ingresos. De cualquier manera, entonces me parecía lógico que así fuese. Siempre pensé sobre este acontecimiento que Lorenzo tuvo miedo de que le ocurriera algo al restaurante; en aquella época todo el mundo pensaba que los que éramos de izquierda lo éramos de una manera excesivamente apasionada; tal vez se esperaba un incendio o cualquier tipo de atentado menor, un cóctel molotov. Sin embargo, en aquel momento yo lo que pensaba, por ejemplo, era en una denuncia porque hubiera niños menores en el almacén donde estaban las bebidas, los restos de bebidas alcohólicas que a veces apuraban con riesgo para la salud.

Jamás volvimos a hablar de ello, tampoco hablé con mi tío Paco. Fue como si todo el mundo quisiera olvidarlo. Aunque mantuvimos siempre muy buenas relaciones, fui pensando en buscar lugares alternativos para trabajar los fines de semana. En ocasiones había hoteles y restaurantes que se dirigían a Casa Pedro para pedirles camareros de urgencia, yo me ofrecía siempre. Cobrábamos más y así me recorría y conocía un montón de restaurantes de la ciudad. Trabajé en banquetes en el hotel Las Vegas, Don Carlos, el restaurante Las Tejas, la taberna El Pintor, Antonio Martín y otros.

Con el paso del tiempo, cada vez estaba más en otros restaurantes que en Casa Pedro y, poco a poco, fui decidiendo trabajar los veranos en otras ocupaciones que dejaban más dinero para pagar las matrículas de los cursos que eran más caras. Hice campañas recogiendo garbanzos, almendras, la vendimia en Francia; así pasé de la mar al campo y me despedí de mi oficio de camarero, aunque cuando acabé magisterio volví a trabajar en el Tintero durante un verano, pero eso fue ya mucho más tarde.

La mar se rebela

De vez en cuando la mar se transforma en el monstruo de los temporales que avanza una y otra vez tratando de recuperar los espacios que le robamos con el paseo marítimo. Nos muestra su poder natural, todo queda limpio y el grito rebelde del mar atruena en la costa para después replegarse.

Entre este impulso por recuperar lo suyo y los aportes del cambio climático, el mar ganará la pugna y los humanos nos tendremos que replegar con nuestros merenderos, apartamentos vacacionales y otros mil planes para amontonar dinero.

Nuestra relación con la mar antes era para lograr nuestra supervivencia en coexistencia, ahora es una lucha descarnada en la que la mar, herida en su biodiversidad e inundada de microplásticos, no se quiere someter a la agresión. A mí me gusta estar con ella y disfruto de sus temporales, me acurrucó en lugar seguro todo lo cerca que puedo y me conmueve y libera sentir su poder y su grito. Cuando una crisis emocional, un enfado o estado depresivo me acosa, acudo a su presencia para reconfortarme.

35



Pescando sobre los tubos de vertidos en la playa de El Palo. Años 80. Málaga.
Foto: Miguel López Castro. Archivo Asociación de Vecinos de El Palo.

Mi paso por el ICET

Se dice que es de bien nacidos ser agradecidos, pero también hay que agradecer, además de las manifestaciones de reconocimiento, las críticas de aspectos negativos, que si pasan inadvertidos perpetúan la maldad y el dolor. Por eso es tan importante la memoria histórica. Desde este planteamiento yo hago un ejercicio de reconocimiento y agradecimiento hacia el colegio ICET, por los servicios y aportaciones positivas que me ayudaron a madurar y crecer como persona: no puedo olvidar a mi profesor de taller, Juan, tan paciente, amable y siempre dispuesto a que nuestro aprendizaje técnico fuera de primer nivel; a mi profesor de Geografía, don Mariano, siempre con su cigarro encendido y sus dedos marcados de amarillo por la nicotina, pero enamorado de la materia que intentaba que fuera para nosotros un mundo apasionante y enriquecedor. Recuerdo también a un profesor que llegó nuevo, con la tan difícil propuesta de darnos a conocer un planteamiento invisibilizado en las materias y que él consideraba que debíamos conocer: fue la primera vez que tomé contacto con la teoría marxista. *Un rara avis* en el centro, pero coló.

También recuerdo como muy entrañables aquellos recreos en la playa, el ambiente fresco y jovial entre los compañeros: Herrero, Tobalo, Mariano, Antelo, Redondo, mi primo Miguel y otros. Algunos ya murieron, no me los puedo encontrar y saludar por las calles de nuestro barrio. Sí, tengo muy buenos recuerdos de mi paso por el ICET.

Sin embargo, algunas experiencias se clavaron en mi memoria como espinas difíciles de sacar, estando siempre presentes y convirtiéndose en historias protagonistas de las conversaciones entre amigos, cuando compartimos a modo de competición, las anécdotas más increíbles, por las lacras que nos dejaron. Anécdotas que provocaron cambios profundos en mi visión



Grupo de compañeros del ICET en el taller de soldadura. Agachado a la derecha estoy yo.



En clase de geografía con el profesor D. Mariano. Entre mis compañeros, Tobalo, Herrero y Mariano García en el centro; yo estoy a oscuras, a la izquierda de la foto. Años 70.

37

de la vida y del lugar que yo ocupaba en ella, y todo ello sin que entonces llegará a entender su calado, como si fueran piezas sueltas e inconexas. Es ahora cuando desde mi madurez, se descubren con meridiana claridad y tienen sentido como un todo coherente, propio y programado por el sistema educativo del centro, en coherencia con el del régimen.

Cuando yo llegué al ICET vivía en Pedregalejo, con diez años venía andando por la vía del tren cada día, teniendo siempre a la vista mi mar amado y protector. Los sábados o domingos también tenía que venir para ir a misa, por venir a misa nos daban leche en polvo y un bocadillo. Yo le decía a mi madre que no quería venir, que no era necesario, pero mi madre me obligaba; ella pensaba que no debía señalarme al no ir a misa; no necesitábamos el bocadillo y la leche, pero no era conveniente faltar a misa. Eso y algún que otro gesto por parte del cura, que ahora ni recuerdo quién era, fueron consiguiendo que me alejara de la fe.

Yo era un niño poco revoltoso y buen estudiante, a pesar de ello, no pude eludir los castigos de regletazos en la mano que daban algunos profes como castigo.

Los compañeros con más experiencia en recibir reglazos me dijeron que si me restregaba ajo en la palma de la mano, la regla de madera no me haría daño. Así lo hice y la regla se rompió al golpearme.

—¡Ay, mi tizona! —gritaba el profe una y otra vez, repitiendo con enfado el nombre de su instrumento de tortura y terror. Tuve que comprarle una nueva en una carpintería.

Los bofetones y otros métodos crueles y violentos eran comunes. Era lo normal en el sistema político y social de la dictadura en la que vivíamos y cuyas claves de relación, de abuso de poder de los fuertes sobre los débiles, reproducía el sistema educativo adoptado en el centro.

Pero esto no era necesario, desde mucho antes existían otras metodologías pedagógicas más humanas, adecuadas y eficaces.

En las mañanas formábamos en el patio, con el brazo en alto y luego posándolo sobre el hombro del compañero situado delante en la fila (formación militar y adiestramiento en la obediencia ciega y servil), cantábamos el himno de España creado por José María Pemán para el régimen franquista.

En cierta ocasión el cura nos planteó un reto: decidir entre favorecer a nuestros padres o a nuestro supuesto héroe Franco. Después de hablar y elogiar entusiastamente a Franco, el cura nos preguntó:—¿Si tuvierais que elegir entre que se le corte la mano a vuestro padre o a Franco, a quién decidiríais? —En pleno shock, vi cómo se acercaba a mí y me exigía una respuesta rápida. Entre titubeos contesté: —A mi padre —esa noche no pude dormir de remordimientos y rabia conmigo mismo. Siempre recordaré aquello como una terrible pesadilla. Hoy todo tiene sentido para mí.

En el 2014 se decidió rendir homenaje al padre Ciganda, creador del colegio, dando su nombre a la plaza de Casa Pedro, nombre que los paleños y paleñas le habíamos puesto, sin que el Ayuntamiento quisiera reconocer ninguna autoridad para ello a la ciudadanía.

Decía que cuando le pusieron el nombre de Padre Ciganda, se editó un cuadernillo con artículos que enaltecían la labor de dicho cura y maestro, pero en ese cuadernillo faltaban cosas.

En este cuadernillo se dice que el centro se construye sobre una antigua atarazana, en el año 1938, pero no se dice que este local y solar se consigue obligando a su propietario a firmar un documento de cesión forzada, por su situación política de izquierdas. D. José Jiménez Toledo era masón, pertenecía a la logia Aristóteles, igual que Matías Rodríguez, un heroico paleño para los marengos malagueños que tuvo peor suerte, fue detenido y murió en la cárcel. Cuando D. José volvió de *La Desbandá*, fue a su atarazana, en la que fabricaba redes, y allí se encontró



Colegio San Estanislao de Kotska. El Palo. Años 80. Málaga. Archivo Asociación de Vecinos de El Palo.

con la guardia civil. Fue el padre Ciganda quien gestionó con D. José esta cesión obligada para que se salvara de las consecuencias de ser masón. Otros vecinos más modestos que vivían cerca también perdieron su chabola. Y esto ocurrió con muchas casas de la playa de El Palo y de Pedregalejo, que tuvieron que ser cedidas por sus propietarios para que fueran ocupadas por otros vecinos y no vecinos, afines al nuevo régimen golpista y fascista.

En aquella época había algunos centros escolares públicos, pero eran insuficientes para atender a toda la población escolar. Destacaba en El Palo el colegio San Estanislao creado en 1882. Resultaba paradójico que junto a un colegio de élite de privilegiados, existiera tanta precariedad educativa para los hijos de los más pobres, los pescadores. Lo lógico es que la administración pública resolviera esto, pero le interesaba más poner en manos privadas y religiosas afines al régimen esta labor, ella cumpliría mejor la misión del nacionalcatolicismo y formación del espíritu nacional; esta era la misión del ICET en paralelo a la de educar. Tengo que agradecer la formación profesional que recibí y que tenía que haber recibido de centros públicos, pero no puedo dejar de saber y entender a qué intereses servía la misión del padre Ciganda y de los Jesuitas. Qué intensidad de connivencia con la dictadura había en ello, escapa a mi conocimiento, pero no puedo cerrar los ojos ante esta realidad que hasta hoy ha sido silenciada e invisibilizada, aunque conocida por la vecindad paleña de más edad.

El deporte: una de mis tablas de salvación

Mi entrada en Casa Pedro y en la *Escuela Franco* acentuaron mi interés por hacer deporte. Como dije, mis complejos de no ser guapo, ni fuerte, ni macho ibérico se mezclaron con ambientes y circunstancias propicias. En Pedregalejo ya tuve un ejemplo de constancia y disciplina que me dejó tocado. Un vecino veraneante, hijo de doña Pura, con quienes mantuvimos unas relaciones excelentes, casi familiares. Este hijo de Pura, tenía un problema en las piernas, cada día llegaba a la orilla con sus muletas, las dejaba en la playa y su hermano que era altísimo las recogía. Entonces, este hombre se echaba a nadar, se llegaba al puerto y volvía, así cada día. Yo lo envidiaba y lo admiraba, ya que por mucho que lo intentaba no nadaba más de 15 o 20 minutos; era muy aburrido nadar, eso me parecía y me siguió pareciendo, aunque el espíritu deportivo estaba ahí agazapado.

A la disciplina que exigía estudiar y trabajar se unió la deportiva, y cada cosa que hacía en el restaurante o en los talleres en la *Escuela Franco* se convertía para mí en un ejercicio o entrenamiento; cargaba a tope las bandejas, que en realidad eran cajas de madera rectangulares que llenas de botellas pesaban como un *abogao*, y las transportaba sobre una mano, a la altura del hombro. Transportaba pilas de platos grandísimas, que apoyados en mi cuerpo, agarraba por debajo hasta donde alcanzaban mis brazos. No le temía a ir y venir del comedor a la cocina, lo más rápido posible, mover y transportar mesas y sillas, todo era para mí un ejercicio deportivo y pensaba en los músculos o habilidades que desarrollaba con ello. Mi obsesión me hacía ver todo tipo de esfuerzos como entrenamiento.

Todo era puro ejercicio deportivo para mí.

Así fue siempre, en todos los trabajos que desarrollé en los años siguientes, antes de ser maestro: peón albañil, camarero, la vendimia en Francia, el taller de hierros, cogiendo almendras o garbanzos, todos mis oficios y ocupaciones me servían de ejercicio deportivo y



entrenamiento. También había un afán por sacar partido de todo aprendizaje con utilidades futuras. Alguien me dijo que todo lo vivido era aprovechable y me serviría como experiencia positiva en algún sentido, y yo me lo creí totalmente.

Siempre tuve presente la obsesión que mi padre tenía con el trabajo: trabajar mucho y bien era su realización personal. Mi padre siempre estuvo muy orgulloso de ser muy buen trabajador, de cumplir en el trabajo. A este referente había que sumar mi recién adquirida conciencia de clase. Al entrar en Casa Pedro también conecté en el barrio con la realidad política, entonces toda actividad política era ilegal. La política se resumía en la clase trabajadora enfrentada a la clase burguesa y la dictadura franquista.

40

Pero volvamos a mi afición al trabajo y al aprovechamiento de este para la adicción deportiva. Al final se me convirtió en adicción al trabajo, y con el paso de los años me trajo infinidad de problemas de salud: infarto, estrés, falsa epilepsia, etc., pero dejemos ese capítulo de mi vida que pertenece a años no muy lejanos.



Equipo de fútbol de Casa Pedro. Yo soy el tercero por la derecha de los de atrás. Años 80.

Satisfacciones con el deporte

Esta afición mía al deporte, también me trajo muchas satisfacciones. En aquella época de Casa Pedro se organizaban las carreras de camareros durante la feria de El Palo, no era extraño que yo las ganara. Recuerdo un año que el premio lo entregaba la reina de las fiestas, que también trabajaba en el restaurante. Era una gitana preciosa, Encarnita, al entregarme el sobre con el dinero del premio, nos debíamos besar en la cara. Mi timidez y mi admiración por su belleza hizo que pasara un mal rato, atreverme a acercarme a recoger el premio me exigía un gran esfuerzo de voluntad, aunque era lo que más deseaba; mi timidez y complejos hacían que temiera el momento del beso, cosa que, por otro lado, deseaba mucho más que el sobre con el dinero.

Muchísimo tiempo después, hace un par de años, Encarni regentaba con su marido un merendero llamado Pontegordo, uno de los días que me senté en sus mesas a tomar algo con mi pareja, Carmela, le entregué a Encarnita una copia de la foto de aquel beso en la entrega del premio, nos reímos mucho recordándolo y añorando aquellos años.

Volviendo al deporte, en la terraza del restaurante había un casetón que servía de almacén. Allí tenía yo unas pesas que había hecho con unas barras y latas llenas de cemento. Cuando descansaba entre jornada de mañana y tarde me subía y mirando al mar hacía pesas, llegó la obsesión por los musculitos y la creencia de que eso me permitiría ligar algo. Cosa difícil porque además de ser muy tímido, todo mi tiempo era para trabajar y estudiar. Desde esa terraza hice una foto en la que se veían los tubos de desagüe de la playa cuando no existía el paseo, cuando reivindicábamos el cuidado de las aguas y las condiciones de vida de los moradores de la playa (saneamiento, alumbrado, protección de las casas ante los temporales, etc.). Miro la foto y me vuelven sensaciones que no he vuelto a sentir cuando ahora voy a la playa. La de la foto es otra playa, más salvaje y acogedora, a pesar de la contaminación de las aguas fecales, todavía guardaba algo de vida y de pureza.

Ni mis días de descanso me servían para ligar u otra cosa. La juventud, esa parte de mi vida, se esfumó sin que me diera cuenta. Una angustia perpetua me apretaba en el pecho cuando descansaba los martes y me sentía solo, sin grupo de amigos con los que salir a divertirme, sólo disponía de mi afición al deporte, hacía unos largos nadando y ya no era la playa y la mar de mi infancia, no buscaba pulpos, cangrejos, ni mejillones, la playa era para bañarse e irse a casa.

Despedida

Perdida la inocencia de la infancia, me imagino estar flotando en la mar, aferrado a flotadores negros, aquellos neumáticos de las ruedas de coches o camiones de cuando era niño, islas de salvación ante el cansancio, ante las olas.

Tras mi adolescencia disponía de otras islas de salvación, como aquellos flotadores, a los que aferrarme: el feminismo, la ecología, el pacifismo y la cultura popular, es decir, el orgullo de clase trabajadora que nunca me ha abandonado. Me siento fundamentalmente un currante, y no distingo entre curro intelectual o físico, para mí tienen el mismo valor, se accede al conocimiento y dominio de ellos según tus circunstancias de vida, en las que tú no tienes mucho que hacer, se te ponen en el camino o no, pero casi es ajeno a tu control o voluntad. Yo por suerte me rodeé de gente que me ayudó mucho a encontrar mis caminos.

Hoy no vivo la playa como la viví en mi infancia pero no puedo pasar sin ella. Ya no es la playa que yo viví. A veces paso por delante de mi casa de infancia en Pedregalejo y a pesar de que se hicieron los espigones y todo está muy humanizado, la mar parece que se rebela y se traga la arena que llevaron a la playa, dejando al descubierto algunas de las piedras que estaban allí, en su origen natural. Ver eso me trae recuerdos en forma de emociones y sentimientos de aquella época, y casi huelo a cangrejos y caracolas, casi veo un reguero de sardinitas en la orilla, brillando y ocultando cualquier rasgo de su situación cadavérica, y, por encima, volando a modo de ejército de microhelicópteros, cientos de avispas, eligiendo las partes más suculentas de las sardinitas. Me paro a regodearme en estos retazos de emociones, casi perdidas, y observo la espuma que independiente del agua se abandona mansamente hasta el ocaso de su empuje en el rebalaje, para volver hacia el encuentro con la siguiente ola que la pretende. Y contemplando esa paz, me recuerdo entrando en el agua transparente como ventanas abiertas hasta cubrirme la cintura, elevar los brazos e inclinarme para escudriñar el fondo, ver los chinos de mil tonos, perfectamente pulimentados, cediendo a mis pisadas parsimoniosas y cuidadosas, buscando no asustar a ningún ser viviente y asegurarme así el mejor de sus paisajes: pececillos casi transparentes, *macucos* de diferentes tipos de peces, nadando como en una coreografía a compás del movimiento del agua y, de repente, si perciben que invado su espacio de seguridad, pegan la *espantá* hasta un metro más allá.

42 Y yo sigo con la sesión de cine buscando el fondo arenoso, hasta poder contemplar algún cangrejo rubio que al verse sorprendido eleva sus pinzas, en tono amenazante, da una carrera lateral y se oculta en la arena, dejando fuera solo los ojos, esperando no haber sido visto por mí. En ese entorno, pequeños bancos de sargos y salemas alevines, hasta de talla para ser pescadas, se desplazan de aquí para allá, como un grupo de ballet, dulcemente confiados y compartiendo las aguas con los humanos hasta el mismo rompeolas.

Hoy entras en el agua de las calas que nos han quedado tras la construcción del paseo marítimo y el fondo arenoso, casi fangoso, formando microdunas, parece un desierto cubierto de agua salada, sin ninguna vida. Antes la sensación de estar en la playa era de estar formando parte de la naturaleza viva, con gran riqueza de biodiversidad; te impresionaba y sentías la necesidad de tener cuidado por las arañas, rascacios, erizos, anémonas y otros seres que eran peligrosos, y que lo poblaban todo. Hoy estas aguas no entrañan ningún peligro, ni ninguna sensación, ni emoción que despierte tu imaginación, ni tus expectativas aventureras y ávidas de sorpresas. Hoy estar en la playa es estar en un parque acuático monótono y aburrido.

Aun así me conmueve la mar cuando me muestra su bravura, con sus temporales de poniente o de levante, con sus olas salvajes que golpean los espigones. Esos días me apetece refugiarme cerca de esta muestra de fuerza, de libertad explosiva y observarla. Me recojo en mis pensamientos y me dejo llevar por sensaciones de desahogo y de libertad.



Playa de El Palo. Los tubos de vertidos, desde la azotea del comedor principal de Casa Pedro. Años 80. Málaga. Foto: Miguel López Castro. Archivo Asociación de Vecinos de El Palo.



Torno de madera en las playas de El Palo. Años 80. Málaga. Foto: Miguel López Castro. Archivo Asociación de Vecinos de El Palo.



Miguel López Castro

Doctor en Pedagogía. Maestro y Pedagogo. Su tesis doctoral “Imagen de la mujer en las letras flamencas: análisis y propuestas didácticas” la leyó en 2007.

Se jubiló en el curso 2016-2017 siendo entonces director del CEIP Virgen del Rosario de Totalán (Málaga) y profesor asociado en la UMA.

Ha dirigido cursos de verano en la UNIA (Universidad Internacional de Andalucía), en sus sedes de La Rábida, Málaga, Baeza y La Cartuja.

Ha recibido numerosos premios en su ejercicio docente, entre los que se destacan el Primer Premio de “Inclusión del flamenco en el aula” en el 2015, concedido por la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Andalucía, y el Segundo Premio Rosa Regas de la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía en 2008.

Ha realizado varias publicaciones de materiales didácticos escolares, de biografías de artistas flamencos, y de didáctica del flamenco, además de otras publicaciones (libros y artículos en revistas). Ha trabajado especialmente en temas de género, medio ambiente y metodologías investigativas, asamblearias y cooperativas en la educación.

En estos temas ha impartido cursos de formación para los CEPs y otras entidades en casi todas las provincias andaluzas y algunas de otras comunidades.

Ha sido asesor en materia de flamenco de la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía.

Ha grabado como cantaor la mayor parte de los cantes flamencos que ha usado en sus publicaciones y trabajos didácticos. Actualmente dirige para la UNIA el proyecto “Conciertos Didácticos Efemérides para la inclusión del flamenco en el aula” en el que además de dirigir el proyecto, es el ponente y actúa como cantaor.

Su madre Isabel Castro Soler “La Chilini” nacida y criada en El Palo, hija de Luis “El Nueve Doble” jabegote patrón de la barca.

Su padre Miguel López Mesa de la familia de “Los Bigote”, nacido en Cómpeeta y criado en “La Cerda” de El Palo. Niño del campo, cabrero, carrero y camionero.

Las cenizas de ambos se esparcieron en las aguas de “La Mezquitilla” donde Miguel solía pescar con caña.



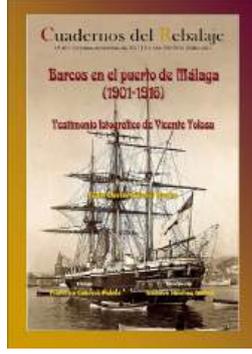
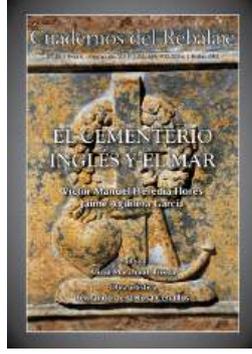
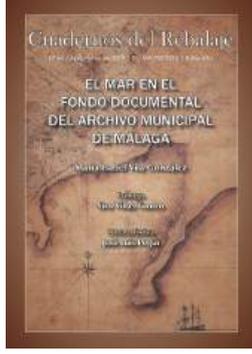
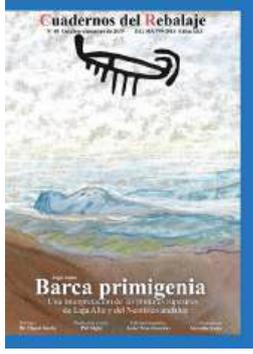
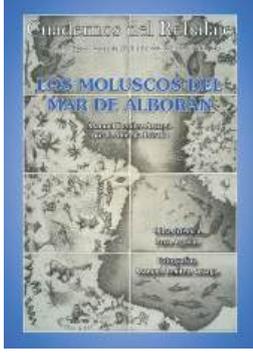
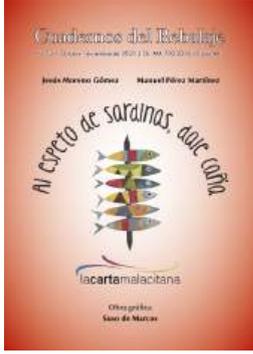
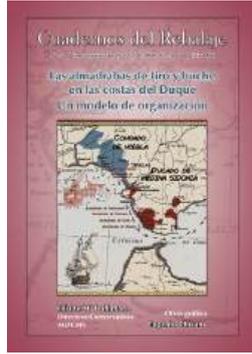
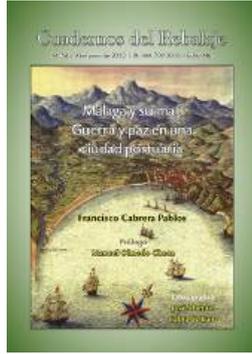
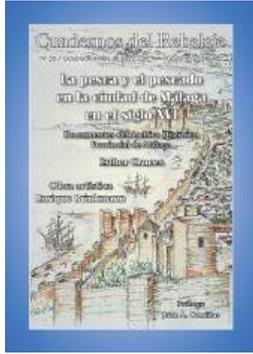
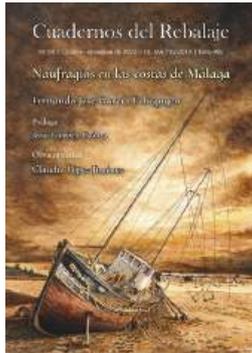
Emilio Moreno Ruiz

Nació en Tánger en 1953. Militó en el antifranquismo y fue sindicalista en parte de su vida laboral en la construcción. Retomó la actividad de sindicalista años después hasta la jubilación en la Empresa Municipal de Limpieza de Málaga. Activista de Solidaridad Internacional y movimientos contra la guerra.

En paralelo a su vida laboral y activista, desarrolló la actividad artística como pintor abstracto matérico. <http://hodroxidos.wordpress.com>

Es miembro fundador del Centro Social y Cultural La Nave donde colabora como gestor cultural.

Colección Cuadernos del Rebalaje





2530-6286



Cuaderno continuación del número 59, es un recorrido desde la infancia de un niño en la playa de Pedregalejo a la adolescencia en el barrio de El Palo. Miguelín ha crecido, en veinte relatos se aprecia la transformación del adolescente durante una etapa vital de formación y de trabajo; sus vivencias conformarán el hombre de hoy, su ideología y su manera de ser.

Escenarios privilegiados son el centro de formación profesional ICET, por donde han pasado generaciones de El Palo; uno de los restaurantes más emblemáticos de la época, Casa Pedro; y la mar como compañera.

El texto va acompañado de numerosas fotografías que forman parte del discurso narrativo. Este recorrido comienza con imágenes de sus primeros años en El Palo, facilitadas por amigos con los que compartió aquella época, a las que se añaden las que Miguel realiza para la revista vecinal *El Copo* y que hoy forman parte del Archivo Fotográfico de la Asociación de Vecinos de El Palo. Completa esta panorámica visual una breve serie procedente de los fondos Bienvenido-Arenas, Thomas y Roisin, que se pueden consultar en el Archivo Histórico Fotográfico de la Universidad de Málaga.

Cultura Nos une un #FuturoIlusionante

Nos une
la **cultura**

fundacionunicaja.com

**Fundación
Unicaja**